BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

ZARKO "EL GRANDE"

Joseph Berna

CIENCIA FICCION





ZARKO "EL GRANDE"

Joseph Berna

CIENCIA FICCION



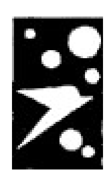
JOSEPH BERNA

ZARKO "EL GRANDE"

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 442

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES —
CARACAS — MEXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCIÓN

437— Los vigilantes del cosmos, Joseph Berna

438— ¿Hombres o máquinas?, Glenn Parrish

439— Astucia terrícola, Ralph Barby

440— La era de los robots, Joseph Berna

441— Tormenta en el cosmos, Glenn Parrish

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal; B. 38.089 - 1978

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: enero, 1979

Concedidos derechos exclusivos a favor de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.** Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes

y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A**.

Parets del Valles(N-152, Km 21.650) - Barcelona – 1979

CAPÍTULO PRIMERO

—Este pastel de fresas está extraordinario, Romy —alabó Clint Fowler, de veintiocho años de edad, 1,83 de estatura, casi ochenta kilos de peso, pelo oscuro y rizado, nariz recta y mentón firme.

Romy Shater, veintidós años recién cumplidos, cabello largo y teñido de azul, ojos color canela, labios perfectamente dibujados, sonrió maravillosamente.

—Me alegro de que te guste, Clint.

—Tú aún me gustas más.

—¿Más que quién?

—Que el pastel de fresas.

—Oh, creí que te referías a Elke.

—¿Elke?... —respingó ligeramente Clint.

—Sí, Elke Sorel, no te hagas el despistado. Sé que también sales con ella, de vez en cuando. Hace un par de días, sin ir más lejos, estuvisteis almorzando en este bosquecillo tan encantador... y tan solitario.

Clint Fowler emitió una tosecita.

—Sí, no voy a negarlo, pero...

—Sería estúpido, ¿no crees?

—Claro.

—Me alegra que estemos de acuerdo. ¿Otro pedazo de pastel, Clint...?

—Oh, no, ya he comido más que suficiente... —rechazó Fowler, palmeándose el estómago.

—Yo voy a comer un poco más —decidió Romy Shater, tomando el cuchillo.

—¿No temes perder la línea, Romy...?

—Un día es un día, qué caray.

—No quiero que te quedes pesada.

—¿Por qué, es que vamos a echar una carrera...?

—Espero que no —sonrió Clint.

—Que no eche a correr cuando me tiendas sobre la hierba y me abras la blusa de par en par, ¿verdad?

A Clint Fowler le asaltó un golpe de tos.

—¿Qué le pasa a tu garganta, Clint...? —inquirió Romy Shater, con irónico gesto.

—Creo que me he tragado un mosquito.

—Pobre mosquito.

—¿No me crees...?

—Naturalmente que no. Fueron mis palabras las que te hicieron toser. Y, ciertamente, no comprendo por qué. Al igual que yo supuse desde el primer momento por qué me habías traído a este bosquecillo tan íntimo, tú debías suponer que yo sabía a lo que venía. ¿O acaso me tomas por una chica tonta?

—¡Por supuesto que no!

—Haces bien. Chicas tontas, en el año 2019, no queda ninguna.

Hubo un silencio.

—¿Te has quedado mudo, Clint? —preguntó Romy Shater.

—Cortado, más bien —carraspeó Fowler.

—¿Por qué?

—Tienes una forma tan directa de decir las cosas, que...

—A mí no me gusta andarme con rodeos, Clint.

—Es evidente que no.

—Un segundo, que ya termino.

—Por... por mí no tengas prisa.

—No quiero hacerte perder el tiempo. Me has traído aquí para hacerme el amor, y cuanto antes empecemos, más pronto terminaremos, y podremos regresar a San Diego.

—Oyéndote hablar así, se me van las ganas —rezongó Clint.

—¿Por qué?

—Has hecho pedazos el encanto del momento, con tus palabras.

—Lo siento. La próxima vez que desees estar a solas con una mujer, busca de nuevo a Elke.

—¿Quieres hacer el favor de olvidarte de Elke? —gruñó Clint.

—¿Te molesta que la nombre?

—Sí.

—De acuerdo, no volveré a nombrarla —prometió Romy, engullendo la última cucharada de pastel. Se pasó una servilleta de papel por los labios y dijo—: Puedes empezar a besarme, Clint.

—Hasta de eso se me han ido las ganas —masculló Fowler.

—¿Tan poco «sex-appeal» tengo...? —repuso la joven, recostándose sobre la hierba y elevando una rodilla.

Clint la observó fijamente.

Había bastante que observar, pues la falda era tan corta que ni siquiera cubriría las rodillas de una niña de cuatro años, y la blusa era de tipo chaleco, es decir, que estaba abierta por delante de arriba abajo, quedando unida, a la altura de la cintura, por una delgada cadena dorada.

Tenía toneladas de «sex-appeal».

Romy Shater llevó aire a sus pulmones, con el fin de que lo que permitía ver la abertura de la blusa fuese aún más tentador y más excitante.

A Clint Fowler le volvieron las ganas de besarla.

Y de acariciarla.

Y de lo otro…

Se acercó a ella y buscó sus labios, suaves, húmedos, entreabiertos.

Entonces, ocurrió algo que llenó de estupor a Clint.

Sorprendentemente, inexplicablemente, increíblemente, Romy Shater desapareció, para, una fracción de segundo después, aparecer de nuevo, pero cinco o seis metros más allá.

En la misma posición.

Sensualmente recostada sobre la hierba.

Con una rodilla elevada.

Los labios separados, como esperando su beso…

Clint Fowler la observó, con la boca abierta, denotando la más absoluta perplejidad.

La cara de Romy Shater también empezó a reflejar estupor.

—¿Co… cómo lo has hecho, Romy…? —balbuceó Clint.

—Yo… yo no he hecho nada, Clint…—aseguró la joven.

—Estabas aquí, delante de mí… Nuestros labios casi se rozaban ya… De pronto, desapareciste y al momento apareciste ahí, a varios metros de mí… Es un truco muy difícil, Romy. ¿Quién te enseñó a

hacerlo?

—Nadie.

—¿Lo has aprendido tú sola?

—Yo no he aprendido a hacer trucos de ninguna clase.

—Oh, vamos, Romy… —sonrió Clint—. Cuéntame cómo lo haces, prometo no decírselo a nadie —rogó, gateando hacia ella.

Romy Shater movió la cabeza de derecha a izquierda.

—Clint, te juro que yo no…

Fowler trató de besarla, como antes.

Esperaba que ella realizara el truco de nuevo.

Esta vez, sin embargo, no ocurrió nada.

Los labios de Clint se posaron sobre los de Romy.

Tras el beso, breve y suave, Clint la miró, visiblemente defraudado.

—¿Por qué no lo has hecho ahora?

—¿El qué? —preguntó ella.

—Eso, lo de desaparecer de repente y aparecer un instante después a varios metros de mí.

—Nadie puede hacer eso, Clint.

—Tú, sí.

—No digas tonterías.

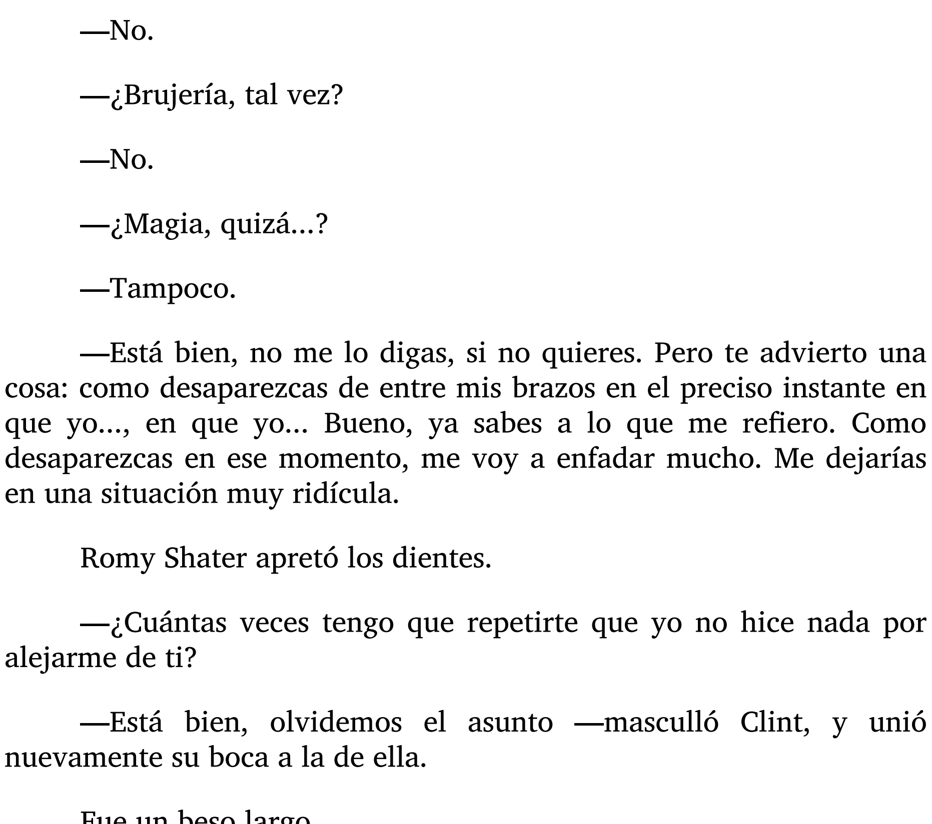
—Antes lo hiciste.

—Yo no hice nada, Clint, te lo juro.

—Yo vi como lo hiciste, Romy. ¿Por qué te empeñas en…?

—No sé lo que pasó, créeme.

—¿Estudias parapsicología?



—No.

—¿Brujería, tal vez?

—No.

—¿Magia, quizá…?

—Tampoco.

—Está bien, no me lo digas, si no quieres. Pero te advierto una cosa: como desaparezcas de entre mis brazos en el preciso instante en que yo…, en que yo… Bueno, ya sabes a lo que me refiero. Como desaparezcas en ese momento, me voy a enfadar mucho. Me dejarías en una situación muy ridícula.

Romy Shater apretó los dientes.

—¿Cuántas veces tengo que repetirte que yo no hice nada por alejarme de ti?

—Está bien, olvidemos el asunto —mascullló Clint, y unió nuevamente su boca a la de ella.

Fue un beso largo.

Muy apasionado.

Romy Shater, poco a poco, fue cayendo hacia atrás, hasta quedar tendida en el suelo.

Sin dejar de besarla, la mano de Clint se introdujo por la abertura de la blusa.

Estaba a punto de alcanzar su objetivo, cuando volvió a suceder.

Sí.

Asombrosamente, Clint se encontró besando y acariciando el aire.

Furioso, levantó la cabeza y buscó a Romy.

Al verla tendida sobre la hierba, seis metros más allá, desgranó una maldición.

—¡Empieza a cansarme este absurdo juego, Romy! —barbotó,

descargando su puño contra la hierba.

Romy Shater irguió bruscamente el torso y le miró, con gesto de estupefacción.

—¡Ha vuelto a suceder, Clint! —exclamó.

—¡Ya lo he visto! ¡Y no me repitas que no es cosa tuya, porque no te voy a creer! —rugió Fowler, poniéndose en pie.

—¡Es cierto, Clint! ¡Yo no hice nada para escapar de tus brazos! ¡Deseaba que me besaras, anhelaba tus caricias! —confesó la joven.

—Bonita forma de demostrarlo —gruñó Fowler.

—¿No será cosa tuya, Clint...?

—¿Mía...?

—Bueno, si no es cosa mía...—murmuró Romy.

—¡Naturalmente que es cosa tuya! —rugió de nuevo Clint.

—¡Te digo que no!

—¡No me importa lo que digas!

—¡Grosero!

—¡Bruja!

—¡El brujo lo serás tú!

—¡Yo no desaparezco de pronto, como tú!

—¡Pero me haces desaparecer a mí!

—¡No seas idiota, Romy! ¿Crees que, aunque pudiera, yo te haría desaparecer en el preciso momento en que beso tu boca y estoy tratando de acariciar tus senos? ¡En todo caso te dejaría paralizada, para que no pudieras escapar!

—¿Serías capaz de una cochinada semejante...?

—¡Estaba hablando en hipótesis, cuidado! —puntualizó Clint.

—¡Eres un cerdo!

—¡Romy, no me saques de mis casillas! —advirtió Clint, apuntándola con un dedo.

Romy Shater se puso en pie de un salto y se estiró la reducida faldita.

No sirvió de mucho, pues siguió mostrando casi totalmente sus torneados muslos, tostados por el sol del verano californiano.

—¡Quiero regresar a San Diego, Clint! ¡Ahora mismo!

—¡Yo también, no te creas!—barbotó Fowler, que estaba de un humor de mil diablos.

—¡Guardaré las cosas en la cesta!

—¡Te ayudaré!

—¡No es necesario!

—¡Quiero hacerlo, y nadie me lo va a impedir!

—¡Haz lo que te salga de las narices!

—¡Como siempre!

Terriblemente enfadados los dos, lo guardaron todo en la cesta de la comida.

Clint cargó con ella y echó a andar hacia donde se hallaba posado su aeromóvil.

Romy caminó también hacia el moderno vehículo volador, de fantástico diseño y con capacidad para cinco personas.

Clint puso la cesta en el maletero y se sentó frente a los mandos.

Romy se sentó a su lado.

Continuaban los dos con el ceño fruncido.

Se miraron un instante.

«¡Antipático!», pareció decir ella.

«¡En Marte estarías bien, vendiendo helados!», pareció replicar él.

Dejaron de mirarse.

Clint Fowler puso el motor en marcha.

En el preciso instante en que iba a accionar la palanca de despegue vertical, Romy Shater dio un respingo y gritó:

—¡Clint!

Fowler interrumpió su acción y la miró.

—¿Qué te pasa ahora?

—¡La cesta de la comida!

—¿No me digas que quieres más pastel de fresas? Romy giró la cabeza y le miró, llena de asombro.

—¿No cargaste tú con ella...?

—¿Con la cesta?

—¡Sí!

—¡Pues claro que cargué con ella! ¿Es que no lo viste? La puse en el maletero.

—¡Pues se salió!

—¿Qué?

—¡La cesta, Clint! ¡Está allí, en el lugar donde extendimos el mantel y almorzamos! —Romy la apuntó con su brazo.

Clint miró hacia aquella parte del bosquecillo.

No pudo evitar un respingo.

¡Era cierto!

¡La cesta de la comida se había salido del maletero del aeromóvil y había vuelto al lugar exacto donde ellos almorzaran!

CAPÍTULO II

Tras unos segundos de lógico estupor, Clint Fowler miró ceñudamente a Romy Shater.

—Esto ya es demasiado, Romy.

La joven agrandó los ojos.

—¿Sigues pensando que yo...?

—¡Sí, señor, lo sigo pensando! ¡No sé cómo diablos lo haces, pero puedes desplazarte tú y desplazar los objetos!

—¡Qué más quisiera yo, que tener ese poder!

—¡Lo tienes, so bruja!

—¡No vuelvas a llamarme bruja o te araño! —se enfureció Romy.

—¡Ya estás devolviendo la cesta a maletero!

—¡Ja!

—¡Te lo ordeno, Romy!

—Como no vayas tú por ella...

Clint Fowler escupió un juramento.

Pareció que iba a decirle algo muy gordo a Romy Shater, pero en el último instante supo contenerse y salió del aeromóvil, cerrando la puerta bruscamente.

Caminó a grandes zancadas hacia donde descansaba la cesta.

No tenía más remedio que ir por ella.

Era de él.

Como todo lo que contenía.

Lo único que Romy Shater llevó al almuerzo fue el rico pastel de fresas.

Clint alcanzó la cesta.

Cuando se agachó para cogerla, desapareció de repente y sólo cogió la atmósfera.

Colérico, buscó la maldita cesta con la mirada, esperando encontrarla algunos metros más allá.

Sin embargo, no la vio por ninguna parte.

Clint miró hacia el aeromóvil.

Romy Shater también le miraba a él, boquiabierta.

Clint maldijo a viva voz.

Sospechaba que la cesta se hallaba de nuevo en el maletero del aeromóvil.

Romy la había devuelto allí, con su misterioso poder.

Si era así, ella se iba a acordar.

Subiría al aeromóvil, la agarraría, la tumbaría sobre sus rodillas, y le pondría las nalgas coloradas como tomates maduros a palmadas.

¡Por Dios que lo haría!

Clint soltó un bufido y regresó al aeromóvil.

Caminando a grandes zancadas, como antes.

Fue directamente al maletero y lo abrió.

No se había equivocado.

Allí estaba la cesta, tal y como él la dejara.

Bien.

Lo de los azotes en el trasero iba a ser un hecho.

Clint cerró el maletero con brusquedad y subió al aeromóvil.

Sin pronunciar palabra, tiró de Romy, la tumbó sobre sus rodillas, le levantó la faldita, para que los azotes llegaran sin la menor amortiguación a sus lindas nalgas, y comenzó a zurrarle.

—¡Uno, dos, tres...! —empezó a contar.

—¡Ay, hu, ay! —gritó ella, pataleando.

—¡Cuatro, cinco, seis...!

—¡Deja de golpearme, salvaje!

—¡Siete, ocho, nueve...!

Repentinamente, cuando la mano de Clint Fowler iba a palmear por décima vez las ya enrojecidas posaderas de Romy Shater, que el diminuto «slip» rosa no llegaba a cubrir ni en su cuarta parte, se encontró fuera del aeromóvil.

Sentado sobre la tupida hierba.

Palmeando un trasero invisible.

Clint se quedó quieto, con la mano derecha en alto.

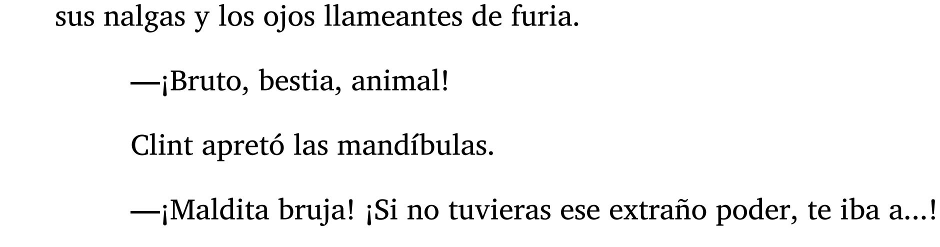
Miró a su alrededor, como buscando a alguien.

No vio a nadie.

Sólo su aeromóvil.

A unos siete metros de él.

Por la ventanilla asomó Romy Shater, con la cara tan roja como



sus nalgas y los ojos llameantes de furia.

—¡Bruto, bestia, animal!

Clint apretó las mandíbulas.

—¡Maldita bruja! ¡Si no tuvieras ese extraño poder, te iba a...!

—¡Yo no tengo ningún extraño poder, pero como vuelvas a ponerme la mano encima, te saco los ojos y me hago unos pendientes con ellos!

—¡Me gustaría arrancarte las orejas!

—¡Y a mí dejarte sin dientes de una pedrada!

—¡Vamos, sal de ahí e inténtalo, si te atreves!

—¡Ahora verás si me atrevo! —rugió Romy Shater, y descendió furiosamente del aeromóvil.

Buscó una piedra con la mirada.

Dio la casualidad de que había dos muy cerca del aeromóvil.

Romy se agachó y cogió la más grande.

Clint no se había quedado quieto.

Se había incorporado de un salto y ya corría hacia la joven.

Cayó sobre ella justo cuando Romy se disponía a arrojarle la piedra.

Pero sucedió una vez más.

Romy Shater desapareció súbitamente y Clint Fowler se propinó un batacazo de campeonato, al atrapar con sus brazos sólo el vacío.

Clint se revolvió, mascullando improperios.

Vio a Romy.

A unos cinco metros de él.

Con la mano que aferraba la piedra en alto.

La joven parecía desconcertada.

—¡Vamos!, ¿a qué esperas? —relinchó Clint—. ¡Arrójame la piedra de una vez, bruja del demonio!

El insulto encorajinó nuevamente a Romy Shater.

Le lanzó la piedra.

Con terrible furia.

El proyectil iba bien dirigido, pero, sorprendentemente, no dio en el blanco.

Y es que el blanco había desaparecido.

Sí.

Clint Fowler había cambiado misteriosamente de lugar.

Ahora se hallaba seis metros más a la izquierda.

En el suelo, todavía.

Romy Shater lanzó un grito de rabia.

—¡Y aún tienes la desfachatez de llamarme bruja a mí! ¡Tú eres el brujo, maldito!

Clint Fowler no replicó esta vez.

Empezaba a creer que Romy Shater no tenía nada que ver en aquello.

Le había arrojado la piedra con muchas ganas de darle, eso era evidente.

No.

Ella no podía haberle hecho desaparecer en el momento justo y aparecer un instante después algunos metros más allá.

Quería dejarle sin dientes de una pedrada.

Además, si Romy tuviese ese extraño poder, lo hubiera utilizado cuando él dejó caer su dura mano sobre sus prietas nalgas por primera vez, no cuando ya le había propinado nueve soberanos azotes y tenía las posaderas rojas.

Pero, si no era Romy, ¿quién diablos podía...?

Clint se vio obligado a interrumpir sus reflexiones, pues Romy, que seguía estando furiosa, había cogido otra piedra y ya se disponía a lanzársela.

—¡Espera, Romy! —gritó, levantando la mano.

—¡Vas a tragarte este pedrusco, brujo asqueroso! —barbotó la muchacha.

—¡No, Romy! ¡No lo sueltes!

Ella no hizo caso y le arrojó la piedra.

Clint giró sobre sí mismo con rapidez, para esquivar el proyectil.

La piedra golpeó el suelo, justo donde él se hallaba un quinto de segundos antes.

Clint, de bruces sobre la hierba, miró hacia donde hasta un instante antes se hallaba Romy.

No la vio.

La joven había desaparecido.

Tampoco estaba en el aeromóvil.

Clint miró nerviosamente a su alrededor.

—¡Romy! —llamó, angustiado.

—¡Bájame de aquí, brujo repugnante! —oyó decir a la muchacha.

Clint levantó la cabeza.

Dio un cómico respingo al descubrir a la joven sobre la rama de un árbol.

—¡Romy! —exclamó, absolutamente perplejo.

—¡Bájame en seguida, antes de que me caiga! —apremió ella, masticándolo con los ojos.

Clint se irguió con prontitud y corrió a situarse debajo de la

rama, no demasiado gruesa, por cierto, a la cual permanecía agarrada la muchacha.

—¡Déjate caer, Romy! —indicó, poniendo los brazos.

—¡Ni hablar! —respondió ella.

—¡No tengas miedo, yo te recogeré!

—¡Del suelo, seguro!

—¡Confía en mí!

—¡Utiliza tu maldito poder para bajarme! —exigió la joven.

—¡Yo no tengo ningún poder, Romy!

—¿Vas a decirme otra vez que la bruja soy yo…?

—¡No, ya me he convencido de que tú no tienes nada que ver en esto!

—¡Menos mal! ¡Ahora trata de convencerme tú a mí de que tú tampoco eres el responsable de todo lo que está sucediendo!

—¡En cuanto bajes de ahí, Romy!

Romy Shater se mordió los labios.

La distancia no era mucha, algo menos de tres metros, pero…

—Me da un poco de miedo dejarme caer, Clint… —confesó.

—¡No temas, caerás en mis brazos!

—¿Seguro?

—¡Claro! El año pasado hice unos cursillos de bombero, sé cómo recoger a una persona que se deja caer desde una ventana.

—¡Es que yo voy a dejarme caer de una rama!

—¡Es lo mismo, mujer! —rió Fowler.

—No me falles, ¿eh, Clint?

—¡Descuida! ¡Vamos, salta!

Romy Shater se dejó caer.

No pudo evitar el cerrar los ojos un instante.

Cuando los abrió, ya se hallaba en el suelo.

Contra él se había estrellado.

Por fortuna, la tupida hierba hizo de colchoneta, y no se rompió ningún hueso.

Romy, encolerizada, buscó con la mirada a Clint, para preguntarle qué clase de cursillos de bombero había hecho, que no era capaz de recoger en sus brazos a una chica de sólo cincuenta y cuatro kilos, que se había lanzado de menos de tres metros.

No lo vio.

—¡Tú, aprendiz de bombero! ¿Dónde demonios te has metido? —gritó.

—¡Estoy aquí arriba, Romy! —respondió Fowler.

La joven levantó la cabeza.

—¡Clint…! —exclamó, al verlo sobre la rama desde la cual ella se había dejado caer.

—¿Te has hecho daño, Romy…?

—¡Casi me he partido el esqueleto!

—Lo siento mucho.

—¡No seas cínico! ¡Lo has hecho adrede!

—¿El qué?

—¡Subirte al árbol justo en el instante en que yo me dejaba caer, bandido!

—¡Yo no hice nada, te lo juro!

—¡Por recogerme, desde luego que no!

—¡Alguien está jugando con nosotros, Romy!

—¡Tú!

—¡Que me caiga del árbol si es cosa mía!

Si más pronto lo dice, más pronto se parte la rama.

—¡Cuidado...!—chilló Clint, cayendo de cabeza al suelo.

Romy no pudo apartarse a tiempo y Clint la derribó violentamente, dejándola con las piernas en alto.

Clint, que no se había roto el cuello de milagro, la tomó por los hombros.

—¿Estás bien, Romy...?

—¿Por qué tuviste que decirlo? —masculló.

—¿El qué?

—¡Lo de que te cayeses del árbol si era cosa tuya!

—No sabía qué decir para que me creyeras.

—Has estado a punto de aplastarme.

—No sabes cuánto lo siento.

—¿De veras no tienes nada que ver con lo que está pasando, Clint?

—Que me muera de repente si...

Romy se apresuró a cubrirle la boca con su mano.

—Mejor no lo digas, Clint. Ya viste lo que pasó con la rama.

Fowler besó cariñosamente la suave mano femenina y luego la retiró de su boca, aunque la retuvo entre sus manos.

—Soy tan inocente como tú, Romy, a pesar de lo de la rama. Esto es cosa de una tercera persona. La ha tomado con nosotros, y...

Clint Fowler se interrumpió de pronto.

Miró atónito a su alrededor.

Lo mismo hizo Romy Shater.

Fue precisamente ella quien, aterrorizada, gritó:

—¡Nos han atrapado, Clint…!

CAPÍTULO III

Había sucedido algo increíble.

Ya no estaban en el bosquecillo.

Ahora se encontraban en el interior de una gran jaula circular, de gruesos barrotes metálicos.

La jaula, de unos cuatro metros de diámetro y dos y medio de altura, se hallaba en el centro de una extraña sala, en una de cuyas paredes podía verse una pantalla electrónica de algo más de un metro de larga por unos ochenta centímetros de alta.

Bajo la pantalla, que permanecía apagada, había un panel de mandos.

—¡Nos han atrapado, Clint! —repitió Romy Shater, abrazándose a él.

Clint Fowler la estrechó contra su pecho.

—No tengas miedo, Romy.

—¿Cómo no voy a tenerlo, si...?

—Nos han cazado y encerrado en una jaula como si fuéramos animales, lo sé. Pero eso no quiere decir que vayan a hacemos daño. Quizá sólo quieran observamos de cerca, estudiamos mejor…

Romy Shater levantó la cabeza y le miró, con una cara muy rara.

—¿Quién quiere observamos de cerca y estudiamos mejor, Clint?

—¿Cómo voy a saberlo?

—Leo en tus ojos que tú ya tienes una explicación para todo esto, Clint.

—Bueno, tanto como una explicación…

—Dime lo que piensas, por favor.

—¿Prometes no asustarte?

—Ya no puedo asustarme más de lo que estoy.

—Bien, te diré qué es lo que sospecho. Creo que una nave extraterrestre se posó a pocos kilómetros del bosquecillo, sus tripulantes nos descubrieron por medio de algún aparato, jugaron un poco con nosotros, y luego nos trajeron a su nave, para observarnos mejor.

Romy Shater se puso más pálida aún de lo que ya estaba.

—Extraterrestres… Estamos en poder de los extra-terrestres… —musitó, sin apenas voz.

—No es seguro, Romy. Puede que yo esté equivocado.

La joven sacudió la cabeza.

—No, me temo que no estás equivocado, Clint. Ningún ser de la Tierra sería capaz de trasladarnos, en una fracción de segundo, desde el bosquecillo a esta jaula. Fue tan rápido, que ni siquiera nos dimos cuenta de ello. Y no sólo rápido… También fue increíble. Hemos atravesado materias tan sólidas como los barrotes de esta jaula o las paredes de esta extraña sala… ¿Cómo puede explicarse eso?

—No hay más que una explicación posible, Romy. En este lugar, ya sea una nave extraterrestre o cualquier otra cosa, existe un aparato capaz de desmaterializar seres vivos u objetos y volverlos a materializar un instante después en otro sitio, más o menos distante.

Así se explica, por ejemplo, que la cesta de la comida se saliese del maletero del aeromóvil y volviese poco después a él, pese a que el maletero estaba cerrado. También explica que yo me encontrase de repente sentado en la hierba, cuando un tercio de segundo antes me hallaba dentro del aeromóvil, palmeándote el trasero con ganas.

Romy Shater frunció el ceño.

—¿Por qué me pegaste?

—Creí que lo de la cesta era cosa tuya —carraspeó Clint.

—Todavía me escuecen las posaderas.

—Lo siento.

—Tú todo lo arreglas igual, diciendo que lo sientes.

—¿Qué otra cosa puedo hacer?

—Claro, los azotes ya no me los quita nadie —gruño Romy.

—Pareces olvidar que tu intentaste dejarme sin dientes de una pedrada —recordó Clint.

—Para entonces ya me habías «calentado» el trasero, y era lógico que estuviese furiosa.

—También lo estaba yo, cuando te di los azotes.

—Pero yo no te había hecho nada.

—Yo pensaba que sí, ya te lo he dicho.

—Lamentable error, que pagaron mis pobres nalgas.

—Tus preciosas nalgas —sonrió Clint.

Romy Shater entrecerró un ojo.

—¿Y cómo sabes tú que las tengo preciosas?

—Te levanté la falda, para pegarte más a gusto.

—Eres un sádico.

Clint la abrazó con más fuerza.

—Me gustas, Romy.

—Elke también te gusta.

—Tú me gustas más —aseguró Fowler, besándola en el cuello, justo debajo de la oreja izquierda.

—Lo mismo le dirás a ella.

—No, puedes creerme.

—No me muerdas la oreja.

—Tienes unos lobulitos deliciosos.

—Clint, por favor… —rogó Romy, cerrando los ojos y conteniendo un gemido de placer.

—¿Qué pasa, no te gusta?

—Me excita.

—Eso quiero yo.

—¿Olvidas que estamos en una jaula, Clint?

—¿Y qué?

—En las jaulas sólo hacen el amor los animales.

—Yo no pensaba llegar tan lejos… —sonrió Clint.

—Entonces, es mejor que lo dejes. No está bien despertar el apetito en una persona y luego negarle la comida.

—Platón, a tu lado, era un simple aprendiz de filósofo.

—Y Casanova, al tuyo, un vulgar aprendiz de amante.

—¿Cómo lo sabes, si aún no hemos tenido ocasión de…?

—Elke Sorel habla por los codos.

—¿De mí…?

—De lo que haces con ella, más bien, cuando estáis a solas.

Clint tosió nerviosamente.

—No sabía yo que Elke fuera contando por ahí lo que...

—Pues lo hace.

—No está bien.

—Eso mismo le dije yo. ¿Y sabes qué me respondió?

—¿Qué?

—Que yo la censuraba porque le tenía envidia.

—¿Envidia...?

—Elke cree que estoy loca por ti.

—¿Y no es verdad...? —sonrió Clint.

—Claro que no es verdad.

—En el bosquecillo confesaste que deseabas que te besara y que te acariciara.

—Eso no significa que esté loca por ti. Me caes bien, simplemente.

—Mejor me caes tú a mí —repuso Clint, apretujándola de nuevo.

—No empieces otra vez.

—Algo tenemos que hacer, hasta que aparezcan los seres que nos han capturado, ¿no?

—Podemos conversar.

—Yo soy muy poco hablador.

—Muy tocón, eso es lo que eres —rezongó Romy, frenando la mano de él, que ya se deslizaba astutamente hacia su seno izquierdo.

—En el bosquecillo no me detuviste cuando intenté...

—Allí estábamos solos; nadie podía vernos.

—Aquí también estamos solos, por el momento.

—Apuesto a que nos están observando.

—¿Tú crees?

—Seguro. Y no tardarán en dejarse ver.

—La verdad es que lo estoy deseando.

—Sólo pido al cielo que no se trate de unos seres horribles y monstruosos. Me desmayaría de terror —se estremeció Romy.

—Yo creo que…

—¡Clint! —gritó de pronto la joven, respingando al mismo tiempo.

Clint Fowler miró hacia el mismo punto de la sala que Romy Shater.

Una puerta de guillotina se estaba abriendo.

Suave y silenciosamente.

CAPÍTULO IV

A medida que la puerta iba subiendo, iban quedando visibles las extremidades inferiores de los dos seres que aguardaban al otro lado.

Dos seres humanos, de eso no cabía la menor duda.

Cuando la puerta permitió ver aproximadamente la mitad inferior de los cuerpos de los dos seres, Clint Fowler y Romy Shater supieron también que se trataba de un hombre y de una mujer.

Sí, porque mientras el ser de la izquierda se cubría con una larga túnica blanca y calzaba sandalias, el de la derecha vestía una túnica rosa, tan descaradamente corta, que dejaba ver unos centímetros del minúsculo pantaloncito azul celeste que llevaba debajo.

Las piernas de la mujer, larguísimas, moldeadas, esbeltas, de piel aterciopelada, eran una auténtica tentación.

Casi en seguida se vio que su busto no era menos tentador.

Pechos rotundos, erguidos, agresivos...

Algo realmente impresionante.

También su rostro, terriblemente atractivo y sensual, invitaba a

jugar con ella un par de horas, y no precisamente al ajedrez.

Pese a lo tremenda que estaba la mujer, Clint Fowler le prestó más atención al hombre que se cubría con la larga túnica blanca y calzaba sandalias.

Era de mediana edad, regordete, mejillas coloradas y nariz chata, ojos saltones, de mirada un tanto extraña, y sobre su cabeza, bastante desprovista de pelo, descansaba una corona de laurel.

Clint creyó estar viendo a Nerón, el célebre emperador romano.

Sólo le faltaba la cítara.

Clint se preguntó si su joven y hermosa acompañante, que adornaba sus largos y dorados cabellos con una diadema de oro y piedras preciosas que debía valer un fortunón, sería la famosa Popea...

Los dos curiosos y pintorescos personajes penetraron en la sala y se acercaron a la jaula, mientras la puerta de guillotina se cerraba de nuevo.

Se detuvieron ambos a un metro escaso de la circular jaula y observaron en silencio a Clint Fowler y Romy Shater.

La bella rubia se fijó preferentemente en Clint, a quien casi devoró con sus ardientes ojos de pupilas muy azules.

El tipo que parecía Nerón, por su parte, dedicó una mayor atención a Romy.

A las bonitas piernas de Romy, más concretamente.

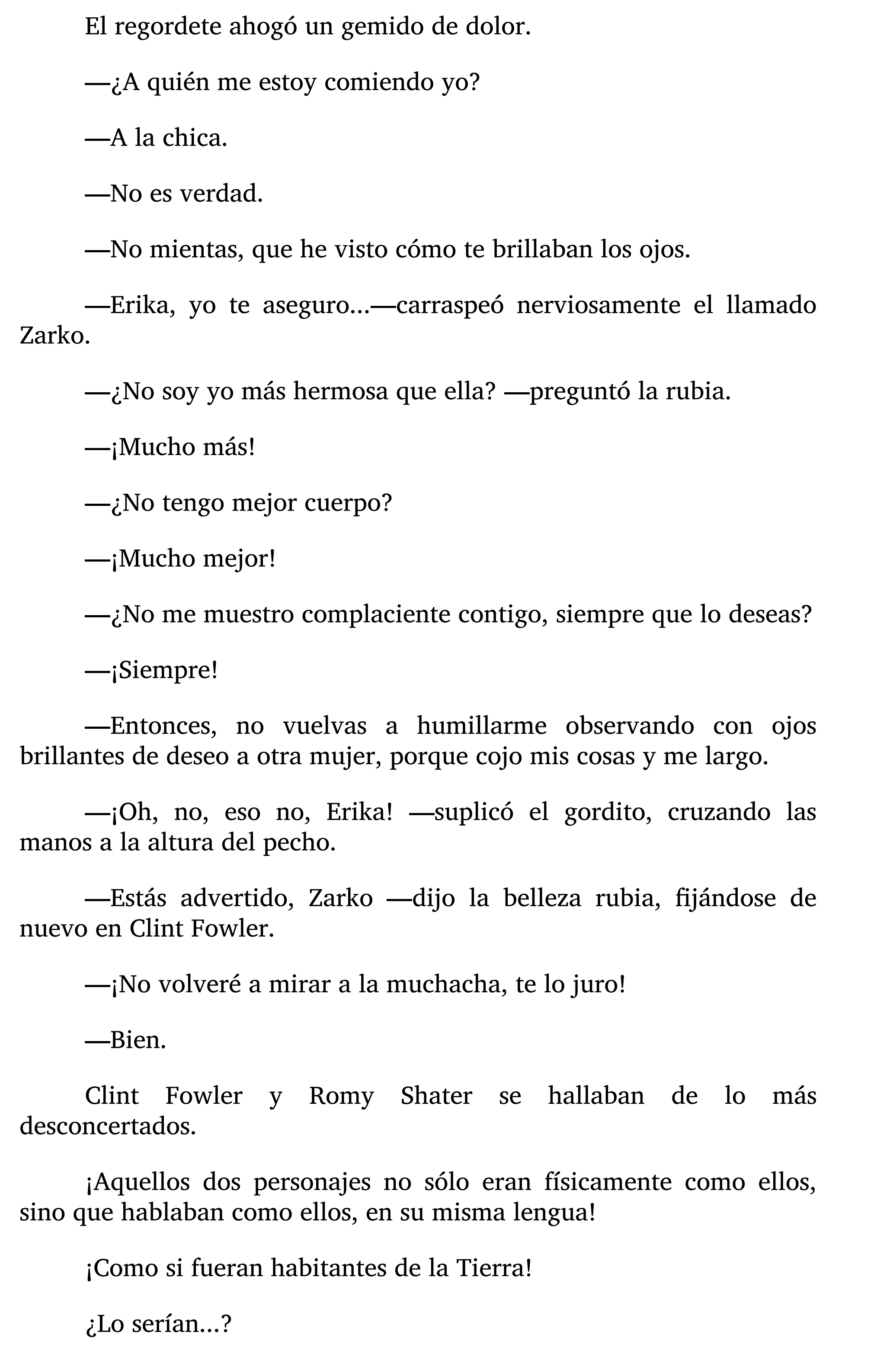
Y a sus firmes y puntiagudos senos, que asomaban incitantes por la franja vertical de la blusita-chaleco.

Romy empezó a sentirse incómoda.

No le gustaba nada la expresión que veía en los extraños ojos del gordito.

La mujer rubia, dándose cuenta de que su acompañante, el tipo de la corona de laurel, estaba mirando con evidente deseo a Romy, le arreó con el codo en el costado y rezongó:

—No te la comas con los ojos, Zarko.


El regordete ahogó un gemido de dolor.

—¿A quién me estoy comiendo yo?

—A la chica.

—No es verdad.

—No mientas, que he visto cómo te brillaban los ojos.

—Erika, yo te aseguro...—carraspeó nerviosamente el llamado Zarko.

—¿No soy yo más hermosa que ella? —preguntó la rubia.

—¡Mucho más!

—¿No tengo mejor cuerpo?

—¡Mucho mejor!

—¿No me muestro complaciente contigo, siempre que lo deseas?

—¡Siempre!

—Entonces, no vuelvas a humillarme observando con ojos brillantes de deseo a otra mujer, porque cojo mis cosas y me largo.

—¡Oh, no, eso no, Erika! —suplicó el gordito, cruzando las manos a la altura del pecho.

—Estás advertido, Zarko —dijo la belleza rubia, fijándose de nuevo en Clint Fowler.

—¡No volveré a mirar a la muchacha, te lo juro!

—Bien.

Clint Fowler y Romy Shater se hallaban de lo más desconcertados.

¡Aquellos dos personajes no sólo eran físicamente como ellos, sino que hablaban como ellos, en su misma lengua!

¡Como si fueran habitantes de la Tierra!

¿Lo serían...?

Clint, deseoso de salir de dudas, preguntó:

—¿Son… son ustedes terrestres, amigos?

El tipo que respondía al nombre de Zarko lanzó una carcajada.

—¿Has oído eso, Erika…? ¡El joven pregunta que si somos terrestres!

La escultural rubia rió también.

—Muy gracioso, sí.

—¿Qué es lo que les parece tan gracioso? —masculló Clint, molesto por las risas de los dos.

—La pregunta que nos has hecho —respondió el gordito.

—¿Tan ridícula ha sido?

—No, ridícula no; divertida —contestó la rubia Erika, apoyando la mano en su cadera, de prodigiosa curva.

—Son terrestres, no cabe duda —se dejó oír Romy Shater.

—Premio para la chica del pelo azul —sonrió Erika, mirando con guasa a Romy.

—¿Por qué visten de ese modo tan raro? —inquirió Clint—. Parecen personajes salidos de la antigua Roma…

—Es práctico y cómodo —respondió Zarko—. Todos los habitantes de la Tierra vestirán así, cuando yo sea dueño y señor del planeta.

—¿Qué…? —exclamó Clint.

—¿Dueño y señor del planeta…? —pestañeó Romy.

—Sí, eso he dicho, muchacha. El mundo entero estará a las órdenes del emperador Zarko «El Grande». Que soy yo, naturalmente.

—Y yo seré la emperatriz —añadió la turbadora Erika, retocándose coquetamente el cabello.

Clint y Romy quedaron estupefactos.

Zarko explicó:

—Con el increíble aparato que he inventado, y cuyo poder ya habéis tenido ocasión de comprobar vosotros en el bosquecillo donde almorzasteis, conquistaré el planeta en un brevísimo espacio de tiempo. Bastará con que realice algunas demostraciones con mi fantástico aparato, para que todos los Gobiernos del mundo se rindan sin condiciones a mí, conscientes de que todo cuanto intenten contra mí, será inútil.

—Absolutamente inútil —agregó Erika.

—¿Qué… qué más puede hacer con su aparato, además de desmaterializar y materializar al instante, en otro lugar, seres vivos y objetos? —preguntó Clint.

—Nada más —respondió Zarko.

—¿Es que te parece poco…? —inquirió Erika.

—Bueno, para conquistar el mundo, considero que…

Zarko se puso serio.

—Veo que no habéis calibrado bien el poder de mi aparato. Tendré que haceros una demostración más clara.

—¡Excelente idea, querido! —aplaudió la exuberante Erika.

Zarko se dirigió a la pantalla electrónica que había en una de las paredes.

—Preparaos a ver cosas asombrosas, muchachos —les anunció Erika, quedándose junto a la jaula.

—¿Qué va a hacer ese loco? —rezongó Clint, agarrándose a los barrotes.

La rubia le miró duramente.

—No vuelvas a decir eso, o Zarko os matará a los dos —advirtió.

Clint fue a replicar, pero Romy le cogió la mano y se la apretó.
—Clint… —rogó.

Fowler comprendió que era mejor callarse, por el momento, y guardó silencio.

Observó a Zarko.

También Romy.

El gordito ya había conectado la pantalla electrónica.

En ella apareció el bosquecillo donde Clint y Romy fueron capturados por aquel chiflado que quería ser emperador de la Tierra.

Nada menos que eso.

Zarko manipuló en el panel de mandos y la imagen desapareció.

Unos segundos después, aparecía en pantalla un enorme y lujoso transatlántico, navegando en alta mar.

—¡Observad este precioso barco! —rogó Zarko—. Se encuentra en pleno océano Pacífico. Magnífico sol, excelente temperatura... No es necesario tomar primeros planos del buque para saber que sus casi dos mil pasajeros visten ropas ligeras y frescas. Muchos de ellos estarán en bañador, nadando en las distintas piscinas o tumbados al sol... ¡Pues, bien! ¡Dentro de un instante van a pedir a gritos mantas y prendas de abrigo, porque cuando yo apriete este botón, ese majestuoso transatlántico desaparecerá y aparecerá antes de un segundo en el océano Glacial Artico!

Clint Fowler y Romy Shater sintieron sendos y profundos escalofríos al saber lo que se proponía el loco de Zarko.

—¡Apriétalo ya, Zarko! —apremió la rubia Erika, impaciente.

—¡No, no lo haga!—gritó Clint, temiendo por la vida de las personas que viajaban en el gigantesco transatlántico.

Pasar tan bruscamente del calor del Pacífico al intenso frío del Artico, podía resultar fatal para muchas de ellas.

Zarko no le hizo caso y oprimió el botón.

La imagen de la pantalla cambió en el acto.

El transatlántico seguía viéndose, pero ya no estaba rodeado de agua azul, tranquila y serena, sino de toneladas de hielo polar.

La fascinante Erika se puso a aplaudir calurosamente.

—¡Bravo, Zarko! —gritó, entusiasmada.

—¡Es horrible, Clint! —exclamó Romy Shater, estremeciéndose.

—¡Devuelva el barco al océano Pacífico, Zarko! —ordenó Clint Fowler—. ¡Devuélvalo inmediatamente, o muchas personas morirán!

—Sí, lo devolveré. Pero antes quiero ver lo que ocurre en él —respondió Zarko, y cambió la imagen de la pantalla.

Ahora, en lugar del transatlántico entero, se veía sólo una parte de la cubierta, precisamente donde se hallaban las piscinas.

Hombres y mujeres, en bañador, corrían como locos, encogidos de frío y con el terror reflejado en sus caras.

A los que les había sorprendido el brutal cambio de temperatura en el agua o con el cuerpo mojado, se les estaba formando una ligera capa de hielo sobre la piel.

Algo horroroso.

Verdaderamente sobrecogedor…

CAPÍTULO V

Al perturbado de Zarko parecía divertirle enormemente lo que estaba ocurriendo en el colosal transatlántico.

También la seductora Erika se lo estaba pasando bomba.

Otra perturbada mental, sin duda.

Clint Fowler, rojo de indignación, rugió:

—¡Va a matarlos a todos de frío, salvaje!

—¡Devuelva el barco al Pacífico! —gritó Romy Shater, no menos indignada.

—Sí, no debo entretenerme más —rezongó Zarko, y manipuló en el panel de mandos.

En la pantalla volvió a verse el transatlántico entero.

Un segundo después, desaparecía.

Inmediatamente apareció de nuevo, rodeado ya de agua azul y serena.

Volvía a hallarse en pleno océano Pacífico.

Zarko tomó un primer plano de la cubierta del buque.

Los bañistas habían dejado de correr, aunque continuaban rígidos de frío.

Se miraban unos a otros, llenos de estupor.

También miraban el mar.

Y el cielo…

Nadie podía explicarse lo sucedido.

No se atrevían a hablar.

Ni a moverse…

Zarko soltó una risita e hizo desaparecer la imagen, desconectando seguidamente la pantalla. Regresó junto a la hermosa Erika, la cual le abrazó apretadamente y le obsequió con un beso de concurso.

—¡Has estado genial, querido! —elogió la rubia, tras el beso.

—Gracias, Erika —sonrió Zarko, pellizcándole la mejilla.

No era lo que más le habría gustado pellizcarle, pero como no estaban solos…

La cautivadora Erika se volvió hacia Clint Fowler y Romy Shater.

—¿Qué, tenéis ya una idea más aproximada de lo que es capaz de hacer Zarko «El Grande», futuro emperador de la Tierra, con su maravilloso aparato…? —preguntó, sonriendo burlonamente.

—Verdaderas monstruosidades —respondió Clint.

—No las haré si no me obligan —aseguró Zarko.

—Así es —confirmó Erika—. Si todos los países de la Tierra se le rinden sin condiciones, y le reconocen como el único dueño y señor del planeta, Zarko no causará daño a nadie.

—Pero es que ningún país se rendirá —profetizó Clint.

—En ese caso, tendré que utilizar mi aparato todas las veces que sea necesario —repuso Zarko.

—Y Zarko no será responsable de las víctimas que se produzcan —señaló Erika.

—Conque no será responsable, ¿eh? —masculló Clint.

—En absoluto —sonrió la apetecible Erika—. Zarko es un hombre pacífico y tranquilo, que sólo recurre a la violencia cuando no hay otro remedio. ¿No es cierto, querido...?

—Muy cierto, Erika. Precisamente por eso deseo gobernar la Tierra. La tensión entre las grandes potencias es cada vez mayor y más peligrosa, las probabilidades de un enfrentamiento nuclear son muchas, y las funestas consecuencias que ello traería consigo, fuese cual fuese la potencia vencedora, conocidas por todos... Yo no quiero que haya una guerra nuclear. Ni ninguna otra clase de guerra. Quiero que haya paz en la Tierra. Una paz absoluta y duradera. Tengo los medios para garantizarla, y voy a emplearlos.

—Así se habla, Zarko —dijo Erika, y le dio otro beso de esos que dejan tonto a uno.

Clint y Romy cambiaron una mirada.

El primero carraspeó y dijo:

—Perdone que le interrumpa, Zarko «El Gigante», pero...

El gordito, que no mediría más de 1,65 de estatura —la rubia Erika le salvaba cuatro o cinco dedos, pese a su condición de mujer—, separó bruscamente su boca de la de su compañera y miró ceñudo a Clint.

—Zarko «El Grande» —corrigió.

—Oh, sí, disculpe... —tosió Clint—. Sólo quería saber qué pintamos nosotros en todo esto.

—¿Que qué pintáis? —pareció no comprender Zarko.

—¿Por qué nos ha traído aquí? Y lo que es peor: ¿por qué nos ha metido en una jaula, como si fuéramos fieras?

—Lo de la jaula es bien sencillo: para que no escapéis. En cuanto a lo de haberos traído a mi casa, fue idea de Erika.

—¿Ah, sí...? —Clint miró a la rubia.

Esta explicó:

—Zarko ha practicado mucho con su aparato con objetos y animales vivos, pero, hasta hoy, no lo había hecho con personas. Yo le sugerí que lo hiciera. Es muy conveniente para nuestros planes. Os descubrimos en aquel bosquecillo, Zarko practicó un poco con vosotros, y luego os trajo aquí.

—Para seguir practicando, ¿no?

—Claro.

—Qué divertido —gruñó Clint.

—En el bosquecillo sí lo fue. ¿Verdad, Zarko?

—Oh, sí, mucho —asintió el regordete.

—Especialmente, cuando la chica se dejó caer de la rama de aquel árbol —rió Erika, siendo imitada por Zarko.

Romy Shater apretó los labios, furiosa.

—Si se hubiera pegado usted el batacazo, no le parecería tan divertido —masculló.

—Pero te lo pegaste tú, mona.

—La mona lo será usted.

—¡Eh!, que yo quería llamarte guapita de cara, no mona de las que se suben a los árboles.

—Como da la casualidad que yo me subí a uno... —repuso Romy, irónica.

Erika volvió a reír.

—¡Eso sí que ha tenido gracia, chica!

Zarko, que también reía, comentó:

—La muchacha tiene sentido del humor.

—También tiene otras cosas, así que no la mires —advirtió

Erika, tirándole de la oreja.

Zarko, cuyos ojos se habían posado por un instante en los atractivos senos de Romy, tosió y desvió rápidamente la mirada.

—Yo sólo tengo ojos para ti, Erika —dijo, sonriendo como un idiota.

—Eso quiero yo, pichoncito mío —sonrió también la rubia, pasando la mano por encima de la ridícula corona de laurel y acariciándole la calva.

Zarko, que deseaba acariciarle otras cosas, sugirió:

—¿Qué te parece si...?

Erika, adivinando a lo que se refería, respondió:

—Es una idea estupenda, querido.

—Vamos, Erika.

Zarko rodeó con su brazo la delgada cintura de la provocativa rubia y ambos echaron a andar.

Apenas se detuvieron delante de la puerta de guillotina, ésta comenzó a subir.

Erika volvió la cabeza un instante y miró a Clint.

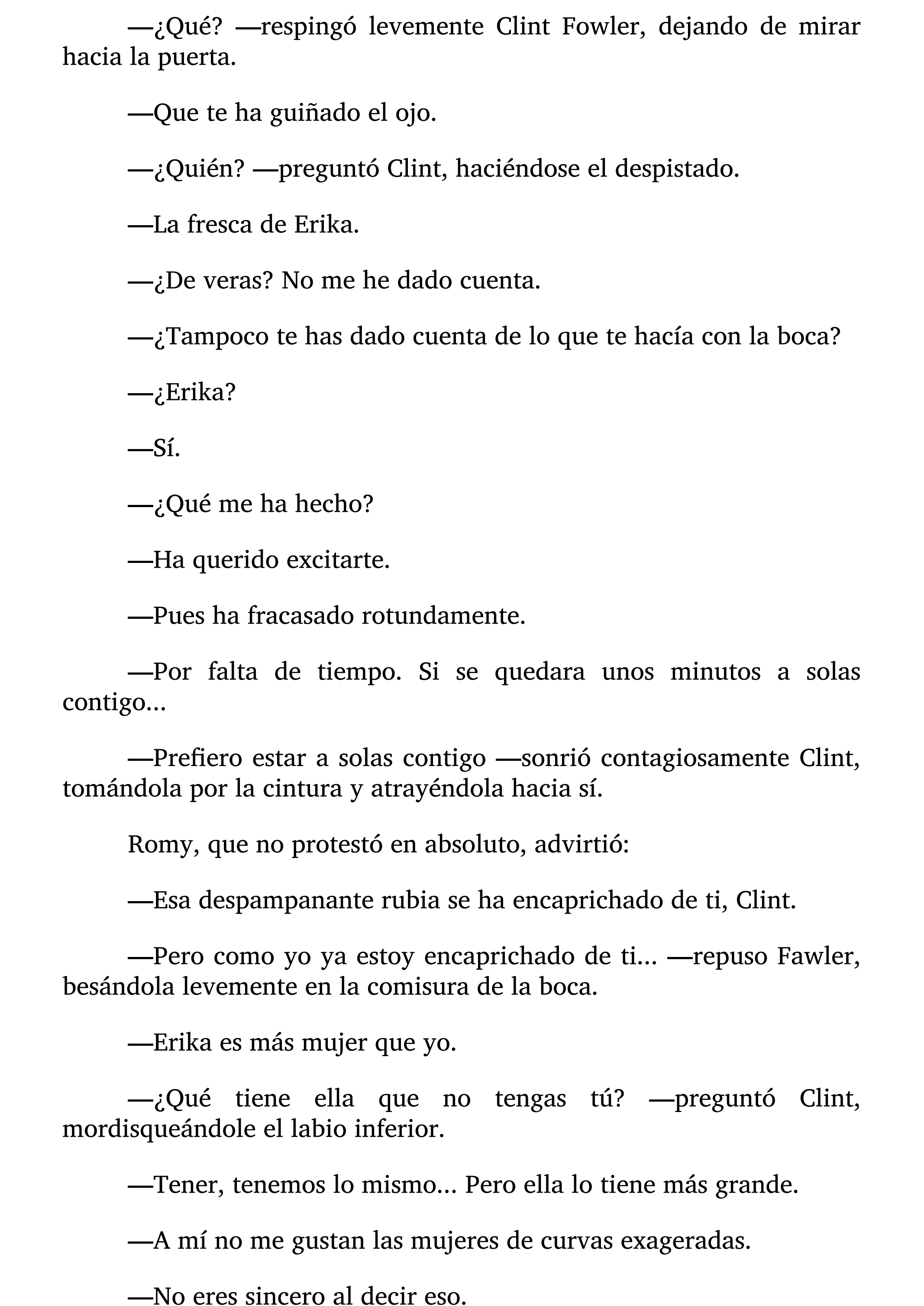
Primero compuso un gesto con los labios, cargado de sensualidad, y luego le guiñó malévolamente el ojo, como diciendo: «Voy a hacer el amor con el gordinflón de Zarko, pero estaré pensando en ti todo el tiempo.»

El ingenuo de Zarko ni se enteró.

Segundos después, ambos abandonaban la extraña sala, cuya puerta inició el descenso.

* * *

—Te ha guiñado el ojo —rezongó Romy Shater.



—¿Qué? —respingó levemente Clint Fowler, dejando de mirar hacia la puerta.

—Que te ha guiñado el ojo.

—¿Quién? —preguntó Clint, haciéndose el despistado.

—La fresca de Erika.

—¿De veras? No me he dado cuenta.

—¿Tampoco te has dado cuenta de lo que te hacía con la boca?

—¿Erika?

—Sí.

—¿Qué me ha hecho?

—Ha querido excitarte.

—Pues ha fracasado rotundamente.

—Por falta de tiempo. Si se quedara unos minutos a solas contigo…

—Prefiero estar a solas contigo —sonrió contagiosamente Clint, tomándola por la cintura y atrayéndola hacia sí.

Romy, que no protestó en absoluto, advirtió:

—Esa despampanante rubia se ha encaprichado de ti, Clint.

—Pero como yo ya estoy encaprichado de ti… —repuso Fawler, besándola levemente en la comisura de la boca.

—Erika es más mujer que yo.

—¿Qué tiene ella que no tengas tú? —preguntó Clint, mordisqueándole el labio inferior.

—Tener, tenemos lo mismo… Pero ella lo tiene más grande.

—A mí no me gustan las mujeres de curvas exageradas.

—No eres sincero al decir eso.

—De lo más sincero —Clint ya le estaba mordiendo el labio

superior.

—Elke Sorel también tiene unas curvas exageradamente pronunciadas, y has salido con ella varias veces.

—Prometiste no volver a mencionar a Elke, ¿recuerdas?

—Te gusta más que yo, confiésalo.

—Mentiría si dijese eso, y a mí no me gusta mentir.

—¿Por qué me besas los ojos? —preguntó Romy, ahogando un gemido.

—Porque los tienes preciosos.

—Me estás poniendo nerviosa, Clint.

—Ya lo sé.

—Guarda tus besos y tus caricias para cuando salgamos de esta jaula.

—Si es que salimos...—murmuró Clint.

Romy Shater echó la cabeza hacia atrás y le miró, asustada.

—¿Por qué dices eso?

—No lo sé.

—¿No confías en que ese maniático de Zarko nos suelte, cuando haya practicado lo suficiente con nosotros?

—No demasiado, ésa es la verdad.

—¿Por qué?

—El tal Zarko está como un cencerro, y puede tener las reacciones más insospechadas. Por eso, pienso que lo que debemos hacer es intentar escapar. Por nuestro bien, y por el del mundo entero.

—Mientras permanezcamos en esta jaula, no tendremos posibilidad de intentarlo.

—Ya sé que no. Pero Zarko no nos tendrá siempre encerrados aquí. Cuando nos saque, para practicar con nosotros, será el momento

de intentar la huida.

—¿Qué estás intentando ahora?

—¿Cómo?

—Tu mano.

—¿Qué le pasa a mi mano?

—Se está deslizando por donde siempre.

—Confío en que alguna vez logre su objetivo —sonrió Fowler, sin renunciar.

—No es el momento, Clint —opinó Romy, aunque no hizo nada por frenarle.

—Para esto todos los momentos son buenos.

—Zarko y Erika pueden estar observándonos...

—Seguro que no. Deben estar demasiado ocupados.

—¿Tú crees...?

—¿Es que no viste lo abrazaditos que se fueron los dos?

—Erika preferiría estar contigo —observó Romy, con una leve inflexión en la voz, pues Clint acababa de lograr su objetivo.

—Erika, y cualquiera —repuso Fowler.

—Qué modesto eres.

—Lo digo por Zarko. Tiene cuarenta y cinco años por lo menos, es más bien bajo, gordo, casi calvo, y tiene cara de zambomba... No me explico cómo una mujer como Erika, joven, alta y hermosa, consiente en irse a la cama con un tipo así. ¿Te irías tú...?

—¡No! ¡Ni por todo el oro del mundo!

—A eso me refería cuando dije que...

Clint Fowler se interrumpió.

La puerta de guillotina se estaba abriendo nuevamente.

Romy Shater, dándose cuenta también de ello, dijo:

—Saca la mano de debajo de mi blusa, Clint, que tenemos visita.

* * *

La persona que aguardaba al otro lado no esperó a que la puerta ascendiese lo suficiente como para permitirle el paso vertical.

Se agachó, cuando había subido aproximadamente ochenta centímetros, y se coló así en la sala.

La puerta se detuvo un instante y en seguida comenzó a descender.

La persona que con tantas prisas se había introducido en la sala, se acercó rápidamente a la jaula donde permanecían encerrados Clint Fowler y Romy Shater.

Se trataba de una muchacha de no más de dieciocho años, cabello rojo, cortado a media melena, rostro agraciado y figura larga y esbelta.

Vestía una túnica idéntica a la de la rubia Erika, sólo que azul, en vez de rosa.

El sucinto pantaloncito que llevaba debajo, y que la exagerada brevedad de la túnica permitía asomar, era amarillo.

La bella joven se detuvo ante la jaula y, tras observar unos segundos a Clint y Romy, dijo:

—Soy Sandra, la hija de Zarko. Estoy aquí para ayudaros a escapar.

CAPÍTULO VI

Las caras de Clint Fowler y Romy Shater se iluminaron.

—¿De veras vas a ayudamos a escapar…? —exclamó el primero.

—Sí. Pero pongo una condición —respondió Sandra.

—¿Qué condición? —inquirió Romy.

—Tenéis que llevarme con vosotros.

Clint parpadeó.

—¿Quieres huir de tu padre…?

—Sí.

—¿Por qué?

—Esa mujer, Erika, le ha trastornado. Hace todo lo que ella quiere. Absolutamente todo —explicó la muchacha, apenada.

—¿Quieres decir que lo de convertirse en dueño y señor de la Tierra…?

—Fue idea de Erika. Como todo. A mi padre jamás se le hubiera ocurrido una barbaridad semejante. Es un hombre bueno. Un tanto excéntrico, como todos los genios de la ciencia; pero noble y bueno. Cuando inventó su aparato, su primera intención fue darlo a conocer al mundo entero, para que todos pudiesen beneficiarse de su invento. Pero Erika, que ya llevaba unas semanas en esta casa, tenía otros planes, y consiguió que mi padre se entusiasmara con ellos. En realidad, creo que ésa fue la razón de que Erika se liase con mi padre. El debió hacerle alguna confidencia sobre el aparato que estaba creando, y ella no dudó en venirse a vivir con mi padre.

—Empiezo a entender... —murmuró Clint.

—Erika es una mujer muy ambiciosa. Y carece de escrúpulos. Es joven y hermosa, pero no le importa acostarse con un hombre que casi la dobla en edad, y que no es alto, ni fuerte, ni apuesto... Sabe que es la única forma de conseguir que mi padre esté de acuerdo con todo lo que ella sugiere: ofrecerle su espléndido cuerpo, volverle loco con él. Y lo ha logrado... —añadió amargamente la joven.

—¿Y tú no has podido hacerle ver que ella sólo pretende...? —inquirió Romy.

Sandra movió débilmente la cabeza.

—Lo he intentado todo, pero es inútil. Se enfurece conmigo cada vez que trato de hacerle comprender que Erika no le ama, que está con él por su invento. Para explotar su invento, más bien. Esta mañana hizo lo que no había hecho nunca: me dio una bofetada. Y delante de ella... Fue entonces cuando decidí marcharme para siempre de esta casa. Pero no me fue posible.

—¿Por qué? —preguntó Clint.

—Branko lo impidió.

—¿Quién es Branko?

—Una especie de vigilante a las órdenes de mi padre. Siempre anda cerca de la puerta. Nadie puede entrar o salir de la casa sin que él lo vea.

—Y tu padre le ha ordenado que no te deje salir, ¿eh?

—Así es. Aconsejado por Erika. Ella tiene miedo de que vaya a la policía y les informe de lo que mi padre y ella pretenden: dominar

el planeta.

—¿Lo harías?

—Creo que sí.

—¿No te importa que metan en la cárcel a tu padre? —preguntó Romy.

—Claro que me importa. Siempre le quise mucho. Y le sigo queriendo, a pesar de todo. Pero estará mejor en la cárcel que dominado por la sensual y ambiciosa

Erika. Ella le hará cometer verdaderas barbaridades, lo sé.

—Estamos de acuerdo, Sandra —repuso Clint, recordando lo que Zarko había hecho con el gigantesco transatlántico.

—¿Os habéis fijado en la valiosa diadema de oro y piedras preciosas que luce Erika sobre su cabeza?

—Sí —asintió Clint.

—Es una maravilla —dijo Romy.

—Erika hizo que mi padre la robara para ella —reveló Sandra—. Con su aparato, claro.

—Menuda pájara, la tal Erika —rezongó Clint.

—Por de pronto, ya ha hecho de mi padre un ladrón. Y aún hará más cosas, si la policía no los detiene a los dos.

—Puedes estar segura de ello —repuso Romy.

—Bien. ¿Estáis dispuestos a intentar la huida?

—¡Dispuestísimos! —exclamó Clint—. Ábrenos la jaula y verás.

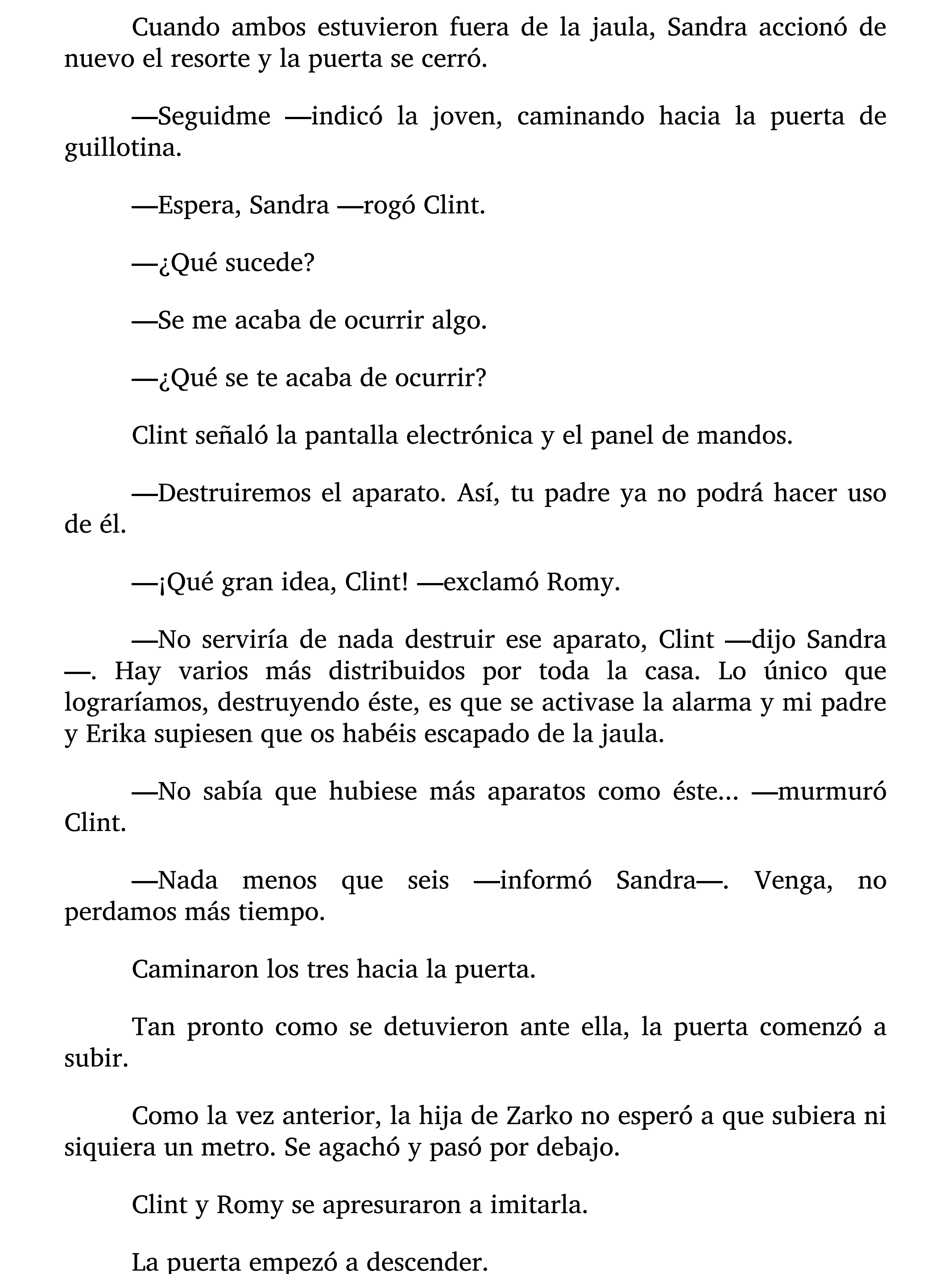
—Un momento —rogó Sandra.

Fue hacia la pared y accionó un resorte.

La puerta de la jaula se abrió, con un leve chirrido.

—¡Salid, de prisa! —apremió la joven.

—¡Vamos, Romy! —dijo Clint, tirando de ella.



Cuando ambos estuvieron fuera de la jaula, Sandra accionó de nuevo el resorte y la puerta se cerró.

—Seguidme —indicó la joven, caminando hacia la puerta de guillotina.

—Espera, Sandra —rogó Clint.

—¿Qué sucede?

—Se me acaba de ocurrir algo.

—¿Qué se te acaba de ocurrir?

Clint señaló la pantalla electrónica y el panel de mandos.

—Destruiremos el aparato. Así, tu padre ya no podrá hacer uso de él.

—¡Qué gran idea, Clint! —exclamó Romy.

—No serviría de nada destruir ese aparato, Clint —dijo Sandra —. Hay varios más distribuidos por toda la casa. Lo único que lograríamos, destruyendo éste, es que se activase la alarma y mi padre y Erika supiesen que os habéis escapado de la jaula.

—No sabía que hubiese más aparatos como éste... —murmuró Clint.

—Nada menos que seis —informó Sandra—. Venga, no perdamos más tiempo.

Caminaron los tres hacia la puerta.

Tan pronto como se detuvieron ante ella, la puerta comenzó a subir.

Como la vez anterior, la hija de Zarko no esperó a que subiera ni siquiera un metro. Se agachó y pasó por debajo.

Clint y Romy se apresuraron a imitarla.

La puerta empezó a descender.

—Por aquí —indicó Sandra—. Y no hagáis ningún ruido.

Clint y Romy se dejaron guiar por la muchacha.

—¿Dónde está tu padre en este momento, Sandra? —inquirió Clint.

—En su alcoba, con Erika.

—Entonces, es el mejor momento para intentar la huida.

—Eso mismo pensé yo. Aunque seguimos teniendo un problema llamado Branko.

—No te preocupes, yo me ocuparé de él.

Sandra se detuvo un instante y le miró.

—¿Estás pensando en pelear con Branko...?

—Soy un tipo fuerte, y tengo buenos puños —sonrió Clint, mostrándole el derecho.

La hija de Zarko movió la cabeza en sentido negativo.

—Si le pegas un puñetazo a Branko, te romperás la mano.

Clint respingó.

—¿Tan duro es...?

—Más que el hormigón.

—Pues estamos apañados —rezongó Romy, pesimista.

—No os preocupéis, tengo un plan —sonrió Sandra, poniéndose en movimiento de nuevo.

—Háblanos de él, Sandra —rogó Clint.

—A Branko le gusto.

—No tiene mal gusto.

—Gracias por el piropo.

—De nada. Continúa.

—¿Intentarás seducirle? —preguntó Romy.

—Exacto.

—Seguro que lo logras —profetizó Clint.

—Cuando él esté sobre mí, apareces tú silenciosamente, coges uno de los pesados jarrones que hay en el vestíbulo, y lo estrellas contra su cabeza —indicó Sandra—. Branko se dormirá como un bendito.

—¿Seguro?

—Los jarrones son muy pesados, ya te lo he dicho.

—Bien.

—Pero tienes que actuar como una sombra. Lo único que Branko no tiene duro, es precisamente el oído.

—También es mala suerte, ¿no? —rezongó Clint.

—Silencio, que ya estamos cerca del vestíbulo —advirtió Sandra.

No volvieron a hablar.

Cuando estaban a punto de alcanzar el vestíbulo, la hija de Zarko se paró y detuvo también a Clint y Romy.

Apartó ligeramente una cortina que permanecía recogida y miró por la grieta que quedó —apenas un centímetro— entre la tela y la pared.

Unos segundos después, indicaba a Clint que mirase él.

Clint Fowler aplicó el ojo a la grieta.

Quedó tan impresionado, que le entraron ganas de regresar a la jaula.

Y es que Branko no era un hombre.

Era un elefante con cara de hombre.

Cuello, pecho, brazos, piernas…

Todo era descomunal.

Para colmo, llevaba la cabeza rapada y se cubría con un insignificante pantaloncito de piel de leopardo, lo cual hacía que aún impresionara más.

Parecía un antiguo luchador griego, de esos que le rompían el cuello al rival de una brusca torsión, le partían la columna vertebral colocándole una rodilla en la espalda, o le quebraban ambas piernas al pretender hacer un nudo con ellas.

Clint notó que le tiraban del brazo.

Era Romy, que también deseaba ver a Branko.

Clint no la dejó mirar.

Temía que se desmayara del susto.

O que pegara un chillido, que aún sería peor.

Sandra, con el gesto, hizo saber a Clint que iba a entrar en el amplio vestíbulo.

Fowler asintió con la cabeza.

Sandra inspiró profundamente y luego entró en el vestíbulo.

El musculoso Branko la descubrió en seguida.

Como estaba sentado en un sofá, se puso en pie y cortó el paso a la muchacha.

—¿Adónde vas, Sandra? —preguntó, con su voz de caballo parlante.

—A ningún sitio, no te preocupes. Sólo quiero hablar contigo —respondió la joven, sonriéndole cautivadoramente.

—¿Hablar conmigo...? —se sorprendió el mastodonte,

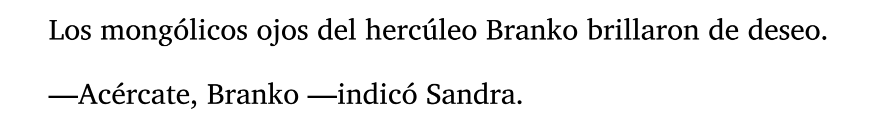
—Sí.

—¿De qué?

—De ti y de mí —respondió Sandra, con atrevido gesto, y se dejó caer en el sofá, donde se tendió cuan larga era, elevando seguidamente una rodilla.

La cortísima túnica, lógicamente, se fue para arriba, dejando totalmente visible el sugestivo pantaloncito amarillo.

Y no era lo único sugestivo.



Los mongólicos ojos del hercúleo Branko brillaron de deseo.

—Acércate, Branko —indicó Sandra.

El elefante humano no se movió.

Se limitó a desnudarla con la mirada.

Sandra lo observó de arriba abajo, lentamente, como si también ella lo deseara.

—¿Qué te pasa, Branko? ¿Es que no te gusto...?

—Mucho.

—¿Por qué no me lo demuestras? —sugirió Sandra, balanceando la pierna que tenía levantada.

—A tu padre no le gustaría.

—El no se enterará.

—Puede sorprendernos.

—No, porque hace unos minutos entró en su alcoba con Sandra, a la cual iba pellizcando. Estarán allí un buen rato, pasándoselo bien. Tú y yo también podemos pasarlo bien, Branko...

Este aún vaciló, pese a que ya tenía la cara roja de deseo.

Pero sus vacilaciones acabaron al ver que Sandra se llevaba una mano al hombro derecho, soltaba el cierre de la túnica, y deslizaba ésta hacia abajo, descubriendo sus pechos juveniles, tersos y vibrantes.

Fue demasiado ya para Branko, quien lanzó un rugido y se arrojó materialmente sobre la incitante Sandra, dispuesto a dar buena cuenta de ella.

Clint Fowler, que tenía el ojo aplicado a la grieta que dejaba la cortina, se dijo que había llegado el momento de actuar.

Y debía hacerlo rápido.

Sandra no lo debía estar pasando nada bien bajo aquella mole de músculos que era Branko.

Cuanto antes la librase de él, mejor.

Tras rogar con el gesto a Romy Shater que permaneciera allí, entró sigilosamente en el vestíbulo, atrapó uno de los jarrones, y se aproximó de puntillas al sofá.

Silencioso como un gato.

Sandra le vio acercarse.

Con la mirada le suplicó que se diera prisa.

Branko era un auténtico salvaje.

Apretaba…

Pellizcaba…

Mordía…

Arañaba…

Sandra contenía los gritos de dolor a duras penas. Clint se detuvo a medio metro escaso de la rapada cabeza de Branko, levantó el jarrón, y lo descargó sobre la redonda y reluciente testa.

¡Crasck!

Pobre…

¡Pero no pobre testa, sino pobre jarrón!

¡Se hizo pedazos!

¡Y Branko se quedó tan pancho!

¡Su cráneo era acero puro!

CAPÍTULO VII

Bueno, lo de que el bestia de Branko se quedó tan pancho, no es exactamente cierto.

El tremendo golpe, desde luego, no le privó del sentido.

Pero sí le dejó un poco atontado.

Lento de reflejos.

Clint Fowler se dijo que debía aprovechar el ligero aturdimiento del energúmeno para golpearle de nuevo y dormirlo del todo.

Sabía que si no lo lograba era hombre muerto.

Hambre despedazado, más bien.

Hombre triturado.

Un despojo.

Una piltrafa.

Un pingajo...

Clint levantó la mano y la dejó caer, de canto, sobre la nuca de Branko.

A modo de hacha.

Se escuchó un grito de dolor.

No, no lo había lanzado Branko, sino Clint, quien tenía la impresión de haber golpeado un bloque de granito.

Una piedra de mármol.

Una barra de níquel.

Clint se llevó la dolorida mano a la axila zurda, al tiempo que se encogía, emitiendo quejidos y rezongando imprecaciones.

Branko, que seguía sobre la semidesnuda Sandra, se rascó su nuca de rinoceronte, como si acabara de picarle un mosquito, y luego sacudió su cabezota, para despejarse un poco.

La hija de Zarko, consciente de que su plan había fallado, gritó:

—¡Huye, Clint, huye! ¡Si dejas que Branko se recupere, te hará trizas!

—¡Sí, Clint, escapa! —chilló Romy Shater, saliendo de detrás de la cortina.

—¡No puedo dejaros aquí! —repuso Clint, y atacó de nuevo a Branko, con el puño izquierdo.

Fue un terrible mazazo en el cuello.

Capaz de dormir a una res.

En Branko, sin embargo, apenas si hizo efecto.

—¡Este tipo es de hierro! —rugió Clint, quien, convencido ya de que con los puños no conseguiría dormir al dinosaurio de Branko, corrió hacia otro de los jarrones.

Por suerte, había cuatro.

Branko se irguió lentamente, emitiendo roncos sonidos.

Sandra quiso retenerle, pero no lo consiguió.

Cuando Clint atrapó el jarrón más cercano, y se volvió, Branko ya estaba en pie.

Clint no tenía nada de cobarde, pero al ver cómo >e miraba aquella especie de mamut sin cuernos, sintió frío en la espalda.

Frío que se acentuó cuando la bestia humana movió sus robustas piernas.

Caminaba hacia él.

Los brazos, separados.

Las manos, abiertas.

—¡Huye, Clint! —insistió Sandra, brincando del sofá, desnuda todavía de cintura para arriba.

—¡Por Dios, no dejes que te atrape! —gritó Romy, pálida como un muerto.

Clint Fowler no se movió de donde estaba.

Esperó al amenazante Branko.

Cuando éste estuvo a sólo dos metros de él, le arrojó el jarrón a la cara.

Con todas sus fuerzas.

Branko, en lugar de intentar esquivarlo, agachándose, inclinó su poderosa cabeza y lo recibió con la parte superior de su brillante cráneo.

Como si en vez de un pesado jarrón, se tratase de un balón, y quisiese rematarlo de cabeza.

Se hizo añicos.

El jarrón, naturalmente.

Branko, tras su espectacular animalada, sonrió fieramente, mostrando unos dientes capaces de provocar la envidia de un caimán.

Prosiguió su avance, separando aún más los brazos.

Clint intentó burlarle, pero los reflejos del titán ya estaban bien

despiertos, y no pudo evitar que éste le agarrase con sus terroríficas manazas y lo elevase por encima de su cabeza como si fuera un muñeco de paja.

—¡Lo va a matar! —chilló Romy Shater, y corrió decididamente hacia el animal de Branko, sobre cuya espalda saltó con envidiable agilidad.

Sandra, que ya se había subido y sujetado la túnica en el hombro, se dijo que también ella debía ayudar a Clint, y sobre una de las fornidas piernas de Branko se lanzó, quedando enroscada a ella como una serpiente.

—¡A morder tocan, Romy! —exclamó, un segundo antes de clavar sus sanos dientes en el muslo de Branko.

Este lanzó un bramido de dolor, al tiempo que agitaba la pierna, tratando de librarse de la hija de Zarko, pero Sandra se agarró fuerte y no salió despedida.

Branko soltó un segundo bramido.

Romy le estaba mordiendo la oreja con saña.

Y la joven no se conformó con eso.

Con su mano diestra le arañó la cara, buscándole principalmente los ojos.

Como, además, Sandra le arreó otro fiero mordisco, esta vez en la nalga, Branko se vio obligado a soltar a Clint.

Necesitaba sus manos, para librarse de ambas muchachas.

Se dispuso a agarrar por la cabeza a Romy y lanzarla por los aires, antes de que le dejara tuerto o sin oreja.

Clint, que había caído al suelo, se dio cuenta del peligro que corría Romy, y quiso echarle una mano.

En realidad, fue un pie lo que le echó.

Y no a Romy, sino al coloso de Branko.

Y en sitio muy delicado.

Sí.

Fue un terrible punterazo entre los muslos.

Branko lanzó un alarido ensordecedor y se vino abajo estrepitosamente, arrastrando consigo a Romy y Sandra, que seguían en plan caníbal.

Clint se puso en pie de un salto y gritó:

—¡Apartaos de él, rápido!

Romy y Sandra no se hicieron repetir la orden.

Branko quedó en el suelo, hecho una bola y rabiando de dolor.

—¡Traedme los dos jarrones que quedan, de prisa! —indicó Clint.

Ambas muchachas se dispararon, cada una en una dirección.

Atraparon los jarrones y regresaron junto a Clint.

Este cogió el que le traía Romy y lo estrelló contra la dura cabeza de Branko, medio escondida entre sus muslos.

Seguidamente, hizo lo propio con el jarrón traído por Sandra.

Fue demasiado ya, incluso para un ser de la fortaleza de Branko, *y* éste, ¡por fin!, quedó inconsciente.

Clint resoplo.

—Jamás pensé que un ser humano pudiese resistir tanto.

—Ni yo...—murmuró Romy, sudorosa y jadeante, al igual que Sandra.

Esta recordó:

—Ya os dije que era más duro que el hormigón.

Clint las miró a las dos.

—Os estoy agradecido. Sin vuestra oportuna intervención, mis huesos se hallarían ahora esparcidos por el suelo.

—Hicimos lo que pudimos —sonrió Romy—. ¿Verdad, Sandra?

—Sí —sonrió también la hija de Zarko.

—Bien, será mejor que nos larguemos de aquí, antes de que Branko vuelva en sí —dijo Clint.

Corrieron los tres hacia la puerta.

Una puerta que, desgraciadamente, no llegaron a alcanzar…

CAPÍTULO VIII

Sin que ninguno de los tres se diera cuenta de cómo sucedía, se encontraron de pronto en el interior de la circular jaula.

—¡Cuidado! —gritó Clint Fowler, frenándose en seco.

Romy Shater y la hija de Zarko no pudieron detenerse con la misma rapidez que Clint y chocaron contra los barrotes metálicos, cayendo ambas al suelo.

Clint las ayudó a levantarse.

—¿Os habéis hecho daño? —inquirió.

—Yo estoy bien —respondió Romy.

—También yo —dijo Sandra.

Clint Fowler atirantó los músculos faciales.

—Tu padre descubrió nuestro intento de fuga, Sandra.

—Sí, es evidente que sí —rezongó la muchacha.

—Ha sido una lástima —suspiró lánguidamente Romy—. Con lo

que nos costó dejar sin sentido al bruto de Branko…

Clint se acercó a la puerta de la jaula y forcejeó furiosamente con ella.

—Es inútil, Clint —dijo Sandra—. Esa puerta no se abrirá si alguien no acciona el resorte de la pared.

—Me temo que nadie lo accionará —masculló Fowler, dejando de forcejear.

—¿Qué va a pasar ahora? —preguntó Romy.

—Lo que Erika quiera que pase —respondió Sandra—. Mi padre hará lo que ella le diga, como de costumbre.

—¿Y qué crees tú que Erika le dirá que haga? —inquirió Clint.

—No será nada bueno, de eso podéis estar seguros. Para ninguno de los tres.

—A ti no te pasará nada —repuso Romy—. Zarko no hará daño a su propia hija.

Sandra sonrió tristemente.

—Erika me odia. Más aún que yo a ella. Seguro que estaba esperando una ocasión como ésta para librarse para siempre de mí. Ya veréis como no la desaprovecha.

—Tu padre no consentirá que… —empezó a decir Clint, pero se interrumpió, al ver que la puerta de la sala se estaba abriendo.

Romy y Sandra también se dieron cuenta de ello.

—Pronto vamos a saberlo —murmuró la hija de Zarko.

La puerta de guillotina subió lo suficiente como para dejar paso a Zarko y Erika.

El primero traía cara de muy pocos amigos.

La hermosa Erika, en cambio, parecía muy satisfecha, aunque ella se esforzase en disimularlo.

Cualquiera diría que todo había sucedido como ella esperaba y deseaba que sucediese.

Clint empezó a sospechar que su captura y la de Romy, en aquel bosquecillo, formaba parte de un plan perfecto ideado por la astuta Erika, cuya finalidad no era otra que conseguir que Zarko montase en cólera contra Sandra.

Sin duda Erika ya contaba con que Sandra, cuya salida de la casa le había sido prohibida por su propio padre, trataría de ponerles en libertad a él y a Romy, para que ellos, a su vez, le ayudasen a superar el tremendo obstáculo que suponía Branko.

Sí.

Seguro que todo había sido planeado por la zorra de Erika.

El ingenuo de Zarko y la sensual rubia se detuvieron a medio metro de la jaula.

El primero señaló a su hija con el brazo y escupió:

—¡Ramera!

—¡Padre! —exclamó Sandra, enrojeciendo de golpe.

—¡No me llames padre! —rugió Zarko, colérico—. ¡Yo ya no soy tu padre! ¡No quiero serlo! ¡Me avergüenzo de ello!

—¡Yo sólo trataba de...!

—¡Sé perfectamente lo que pretendías! ¡Os seguí a los tres con mi aparato desde que salisteis de esta sala! ¡Vi cómo incitabas a Branko, tendida voluptuosamente en el sofá, cómo descubrías tus pechos, cómo permitías que te manosease, te besase y te mordisquease!

—¡Lo hice porque...!

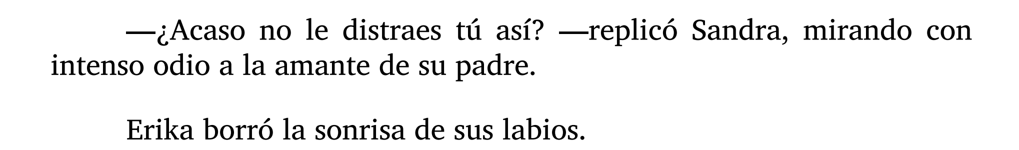
—¡Porque eres una zorra, por eso lo hiciste!

—¡No es cierto! ¡Tenía que distraer a Branko, para que Clint pudiera estrellarle el jarrón en la cabeza!

—¿Y no había otra manera de distraerle?

—¡No!

—No tan interesante, querrás decir...—intervino la excitante Erika, sonriendo maliciosamente.



—¿Acaso no le distraes tú así? —replicó Sandra, mirando con intenso odio a la amante de su padre.

Erika borró la sonrisa de sus labios.

—¿Qué estás insinuando?

—¡No, no insinúo! ¡Afirmo!

Erika apretó los labios.

—Explícate, Sandra.

—¡No es mi padre el único hombre de esta casa que se acuesta contigo!

—¡Cuidado con lo que dices, Sandra! —advirtió Zarko, enrojeciendo de ira.

—¡Es cierto, padre! ¡Erika mantiene relaciones sexuales con el gorila de Branko, a tus espaldas!

—¡Mientes, perra! —rugió la rubia, roja también de cólera.

—¿Creías que no lo sabía, Erika...? ¡Pues hace más de un mes que lo descubrí! ¡Os sorprendí una tarde!

¡Mientras mi padre trabajaba en su invento, Branko y tú hacíais el amor de la forma más salvaje que pueda imaginarse!

—¡Víbora asquerosa! —barbotó Erika, y se lanzó contra la jaula, intentando agarrar del pelo a Sandra.

Lo consiguió.

Pero también Sandra consiguió agarrar la rubia cabellera de Erika.

Empezaron a tirar las dos.

A cuál de ellas con más fuerza.

Se pusieron a chillar ambas a dúo, pues el dolor que sentían no era ninguna tontería.

Clint Fowler trató de separarlas.

También Romy Shater.

Lo mismo hizo Zarko.

Entre los tres consiguieron que Sandra soltara el pelo de Erika y viceversa.

Sandra quiso agarrar de nuevo a la rubia, pero Clint y Romy la sujetaron.

—Cálmate, Sandra —rogó Clint.

—¡Quiero dejarla sin pelo! —barbotó la joven, luchando por soltarse.

—No vale la pena, Sandra —dijo Romy, mirando con desprecio a Erika.

Esta estaba siendo sujetada por Zarko.

—¡Suéltame, Zarko! ¡Quiero arrancarle la lengua a esa alimaña que tienes por hija! —gritó Erika, forcejeando con él.

—¡Yo la castigaré, te lo prometo!

—¡Es a mí a quien ha ofendido gravemente!

—¡Y a mí! ¡Yo te quiero con locura, y ella lo sabe!

—¡Ha mentido, Zarko, te lo juro! ¡Yo jamás he tenido relaciones íntimas con Branko!

—¡Te creo, Erika, te creo! —aseguró el imbécil de Zarko.

—¡Estás ciego, padre! —gritó Sandra.

—¡Cállate, perdida! —ladró Zarko.

—¡Erika no siente el menor cariño por ti, está contigo por tu invento, y por las cosas que éste puede proporcionarle!

—¡He dicho que te calles, lengua de serpiente! —rugió Zarko, fuera de sí, e hizo ademán de abofetear a su hija.

Clint se interpuso.

—A las mujeres no se les pega, Zarko.

Este cerró la mano y descargó el puño sobre la cara de Clint.

Clint Fowler detuvo el golpe con el antebrazo zurdo y soltó el puño diestro, en dirección a la mandíbula de Zarko.

Sonó un seco chasquido y el futuro emperador de la Tierra se desplomó como un fardo, perdiendo su corona de laurel.

—¡Zarko! —exclamó Erika, arrodillándose junto a él.

Comenzó a palmearle las mejillas, para ver si lo reanimaba.

Trabajo le iba a costar, pues el castañazo había sido de los buenos.

Clint se frotó los nudillos del puño utilizado y miró a Sandra.

—Lo siento, Sandra.

—Se lo merecía —repuso la joven, entre dientes.

—¿Es cierto que Branko y Erika...?

—Absolutamente cierto.

Clint observó a la rubia, que seguía tratando de reanimar al desvanecido Zarko.

Erika levantó la cabeza con brusquedad y los miró, el rostro encendido de cólera.

—¡Vais a morir! ¡Los tres!

—Me gustaría estar unos minutos a solas contigo, Erika —dijo Clint—. Y no precisamente para hacerte el amor.

La rubia sonrió sarcásticamente.

—¿Qué harías? ¿Ponerme las nalgas coloradas a palmadas, como a Romy?

—A ti te las pondría moradas.

—Vas a quedarte con las ganas, guapo.

—No estés tan segura.

—He dicho que vais a morir los tres. ¿Es que no lo has oído?

—No creo que Zarko nos mate.

—¿Y quién ha dicho que sea Zarko quien os mate…? Yo también puedo hacerlo —repuso Erika, irguiéndose.

Con paso altivo, caminó hacia la pantalla electrónica y la conectó.

En ella apareció el océano Pacífico.

El lujoso transatlántico, que, pese a todo, había seguido navegando, ya no se veía por ninguna parte.

Erika, antes de manipular en el panel de mandos, se volvió hacia la jaula y dijo:

—Todavía no sé manejar muy bien estos aparatos, pero creo que no me será difícil trasladaros a un lugar de donde os sea absolutamente imposible salir con vida. ¿Listos para abandonar la jaula, muchachos…?

CAPÍTULO IX

Romy Shater se agarró al brazo derecho de Clint Fowler.

Sandra se cogió del izquierdo.

Las dos estaban visiblemente asustadas.

Al igual que Clint, tenían los ojos clavados en la pantalla electrónica.

En el mar azul.

Tranquilo, pero inmenso.

¿Los mandaría la malvada Erika allí…?

Sería espantoso.

Los tres luchando por mantenerse a flote.

Expuestos a los múltiples peligros del mar.

El más temible, quizá, los feroces tiburones…

La cruel Erika manipuló en el panel de mandos.

El océano Pacífico desapareció de la pantalla, en la cual aparecía poco después la circular jaula metálica en la que se hallaban presos Clint, Romy y Sandra.

Estos pudieron verse perfectamente en la pantalla.

El miedo de Romy y Sandra se acentuó.

Estaba claro que de un instante a otro iban a ser enviados los tres a un determinado lugar.

Erika volvió la cabeza, muy sonriente.

—¡Buen viaje, amigos! —dijo, y pulsó un botón.

A Romy y Sandra ni siquiera les dio tiempo a agarrarse con más fuerza a Clint.

Fue todo tan increíblemente rápido...

En menos de medio segundo se encontraron los tres en otro lugar.

Por fortuna, no fue en pleno océano Pacífico.

Donde ellos habían ido a parar, no había agua.

Ni una sola gota.

El terreno era árido y seco.

Tan seco, que estaba agrietado.

La temperatura era altísima.

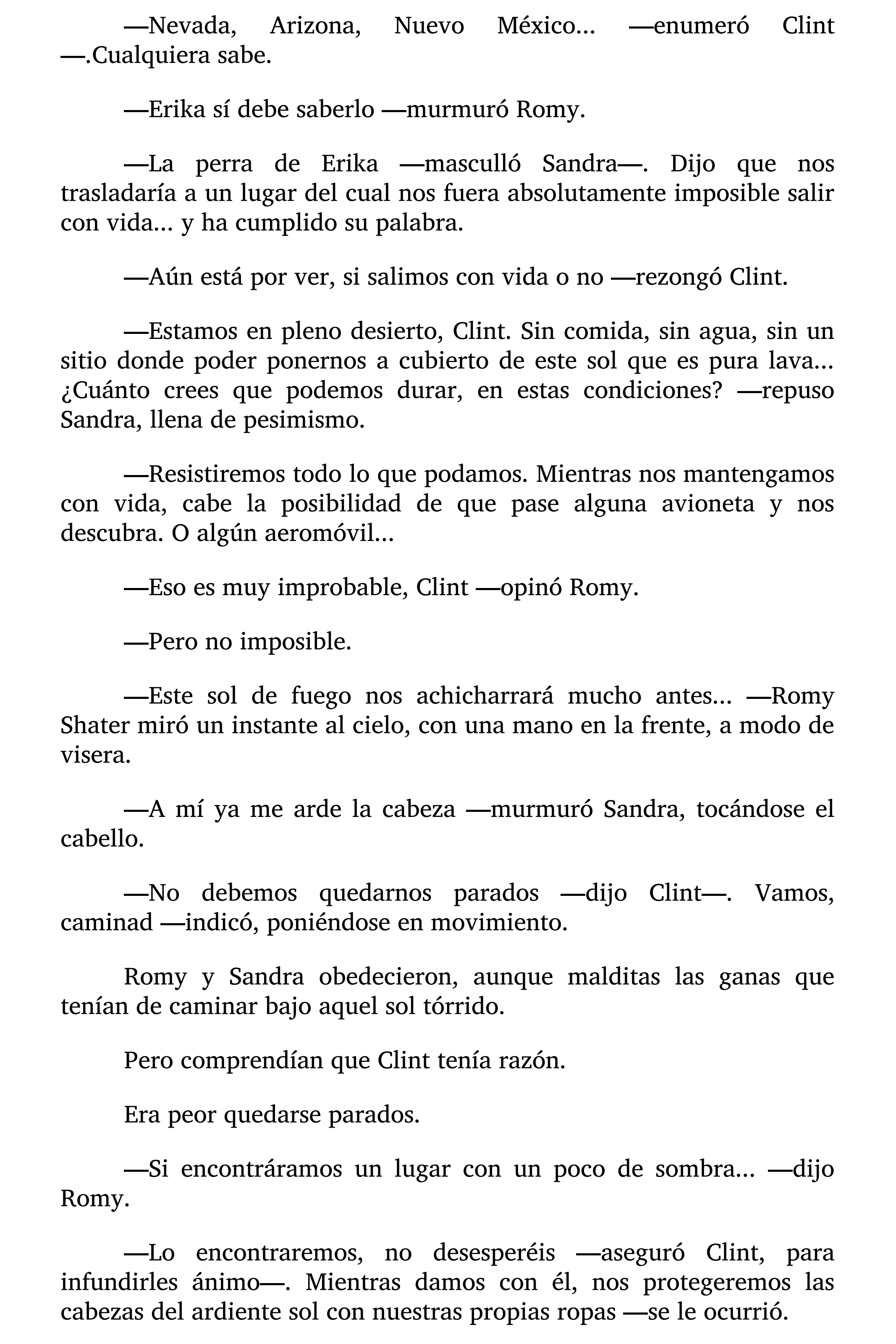
El sol, que había rebasado ya el punto más alto de su elevación sobre el horizonte, abrasaba, casi.

Clint, Romy y Sandra miraron a su alrededor, con los ojos muy abiertos.

—¿Qué lugar es éste...? —musitó Romy Shater.

—Estamos en un desierto, de eso no cabe duda —respondió Clint.

—¿Qué desierto? —inquirió Sandra.


—Nevada, Arizona, Nuevo México… —enumeró Clint —.Cualquiera sabe.

—Erika sí debe saberlo —murmuró Romy.

—La perra de Erika —masculló Sandra—. Dijo que nos trasladaría a un lugar del cual nos fuera absolutamente imposible salir con vida… y ha cumplido su palabra.

—Aún está por ver, si salimos con vida o no —rezongó Clint.

—Estamos en pleno desierto, Clint. Sin comida, sin agua, sin un sitio donde poder ponernos a cubierto de este sol que es pura lava… ¿Cuánto crees que podemos durar, en estas condiciones? —repuso Sandra, llena de pesimismo.

—Resistiremos todo lo que podamos. Mientras nos mantengamos con vida, cabe la posibilidad de que pase alguna avioneta y nos descubra. O algún aeromóvil…

—Eso es muy improbable, Clint —opinó Romy.

—Pero no imposible.

—Este sol de fuego nos achicharrará mucho antes… —Romy Shater miró un instante al cielo, con una mano en la frente, a modo de visera.

—A mí ya me arde la cabeza —murmuró Sandra, tocándose el cabello.

—No debemos quedarnos parados —dijo Clint—. Vamos, caminad —indicó, poniéndose en movimiento.

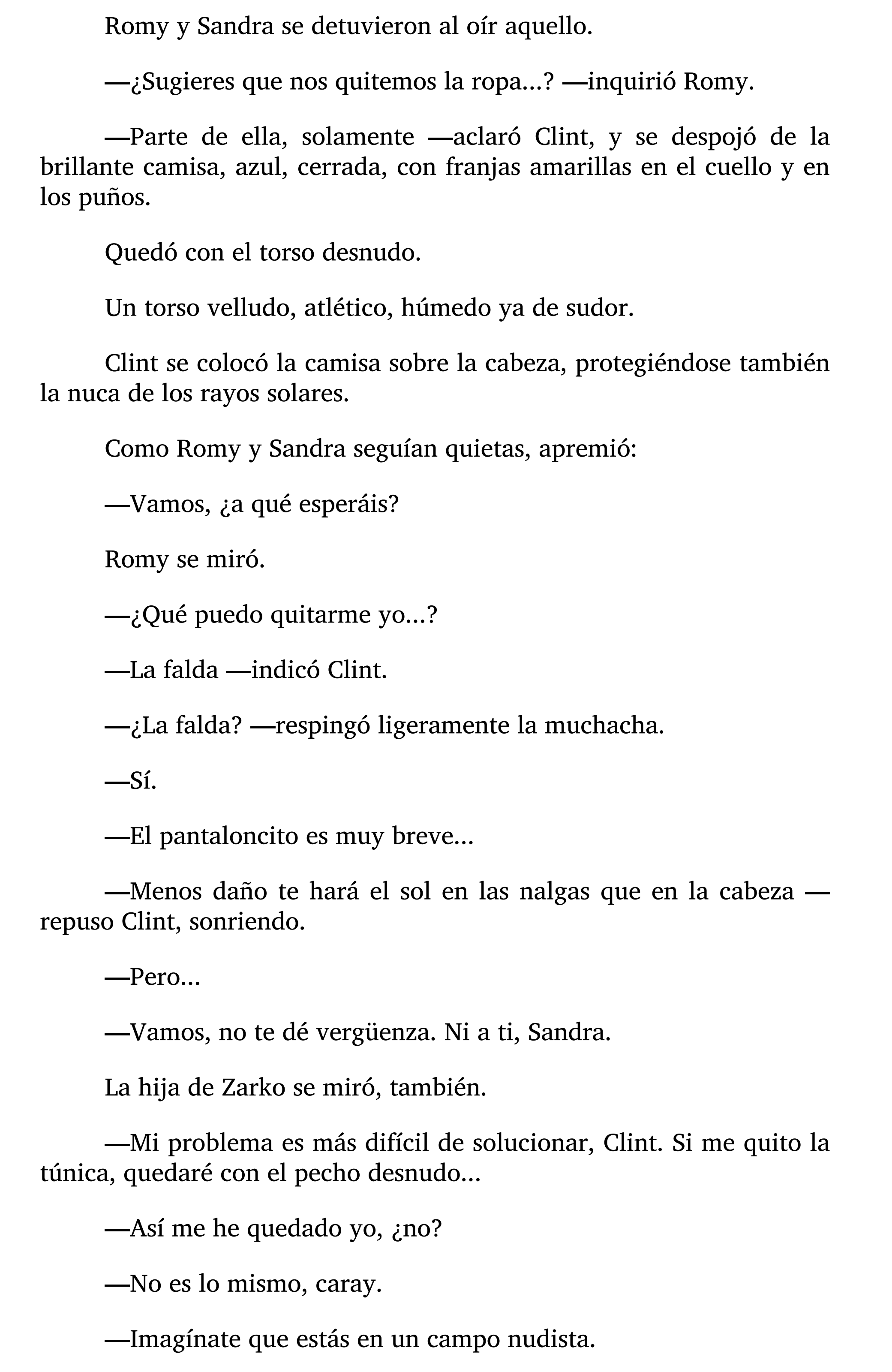
Romy y Sandra obedecieron, aunque malditas las ganas que tenían de caminar bajo aquel sol tórrido.

Pero comprendían que Clint tenía razón.

Era peor quedarse parados.

—Si encontráramos un lugar con un poco de sombra… —dijo Romy.

—Lo encontraremos, no desesperéis —aseguró Clint, para infundirles ánimo—. Mientras damos con él, nos protegeremos las cabezas del ardiente sol con nuestras propias ropas —se le ocurrió.



Romy y Sandra se detuvieron al oír aquello.

—¿Sugieres que nos quitemos la ropa...? —inquirió Romy.

—Parte de ella, solamente —aclaró Clint, y se despojó de la brillante camisa, azul, cerrada, con franjas amarillas en el cuello y en los puños.

Quedó con el torso desnudo.

Un torso velludo, atlético, húmedo ya de sudor.

Clint se colocó la camisa sobre la cabeza, protegiéndose también la nuca de los rayos solares.

Como Romy y Sandra seguían quietas, apremió:

—Vamos, ¿a qué esperáis?

Romy se miró.

—¿Qué puedo quitarme yo...?

—La falda —indicó Clint.

—¿La falda? —respingó ligeramente la muchacha.

—Sí.

—El pantaloncito es muy breve...

—Menos daño te hará el sol en las nalgas que en la cabeza —repuso Clint, sonriendo.

—Pero...

—Vamos, no te dé vergüenza. Ni a ti, Sandra.

La hija de Zarko se miró, también.

—Mi problema es más difícil de solucionar, Clint. Si me quito la túnica, quedaré con el pecho desnudo...

—Así me he quedado yo, ¿no?

—No es lo mismo, caray.

—Imagínate que estás en un campo nudista.

—Es que yo no he estado jamás en un campo nudista...

—Está bien, no te preocupes. Se me acaba de ocurrir algo —dijo Clint, dando un paso hacia ella.

Le cogió la túnica y la desgarró, en círculo, unos centímetros más abajo dé los senos.

La ancha franja de tela separada de la túnica cayó al suelo, dejando a Sandra cubierta con su atrevido pantaloncito amarillo y el resto —escaso resto —de la túnica, que le tapaba los pechos y muy poco más.

Clint se agachó e indicó:

—Levanta los pies, Sandra.

La muchacha obedeció.

Clint recogió la franja de tela y se la colocó convenientemente en la cabeza a la hija de Zarko.

—Problema solucionado, Sandra. Tu cabeza está cubierta y tus senos también.

—Sí, pero como se levante un poco de viento...

—murmuró la joven, estirándose lo que quedaba de la túnica.

—No digas eso, que me entran ganas de soplar —sonrió Clint.

—Y es muy capaz de hacerlo, te lo aseguro —dijo Romy Shater.

Clint la miró.

—¿Todavía no te has quitado la falda?

Romy, tras una breve vacilación, se sacó la faldita, quedando con el diminuto «slip» rosa y la tentadora blusita-chaleco.

Clint se retiró dos pasos y desde allí observó significativamente a las dos muchachas.

—¿Sabéis lo que estoy pensando?

—Algo atrevido, seguro —rezongó Romy, cubriéndose la cabeza con la falda.

—No seas mal pensada, mujer —rió Clint.

—Tu cara, en este momento, inspira muy poca confianza. ¿No es cierto, Sandra?

La hija de Zarko sonrió.

—A mí me parece que Clint es un tipo en quien se puede confiar, Romy.

—Nos ha dejado medio desnudas.

—Por nuestro bien.

—Y por el de sus ojos. ¿O es que no ves cómo nos mira?

—Con admiración, sólo con admiración —tosió Clint.

—Yo no estoy tan segura —gruñó Romy.

—Mujer, con el calor que hace, ¿cómo va a pensar en otras cosas?—repuso pícaramente Sandra.

Clint volvió a reír.

—Sandra tiene razón. ¡Hale, en marcha! —indicó.

Se pusieron en movimiento nuevamente.

* * *

Por fortuna, tan sólo unos diez minutos después, divisaban un pequeño grupo de rocas.

—¡Eh! —respingó Clint Fowler—. ¡Mirad allí!

—¡Son rocas! —exclamó Romy Shater.

—¿Producirán alguna sombra...? —inquirió Sandra, esperanzada.

—¡Apuesto a que sí! ¡Vamos hacia ellas! —indicó Clint.

No tardaron en alcanzarlas.

Una de las rocas, mucho más amplia de arriba que en su base, producía algo más de un metro de sombra.

Clint, Romy y Sandra, chorreantes de sudor, se dejaron caer en aquel reducido espacio de terreno.

No tuvieron más remedio que encoger las piernas y apretujarse, único modo de quedar totalmente a cubierto de los terribles rayos solares.

Clint, que se hallaba en medio de las dos chicas, les rodeó los hombros con sus brazos y bromeó:

—Cuánto me queréis las dos, ¿eh?

—Como intentes aprovecharte de la situación, te arañaremos —advirtió Romy—. ¿Verdad que lo haremos, Sandra?

—¡Seguro! —asintió la hija de Zarko—. Vigílale tú la mano derecha, que yo haré lo propio con la izquierda.

—Para que estéis más tranquilas, las pondré sobre mi cabeza —rezongó Clint, y lo hizo—. Es un poco incómodo, pero...

—Tonto, que sólo era una broma —rió Sandra.

—¿De veras...?

—Claro, hombre —rió también Romy.

Clint bajó los brazos y rodeó nuevamente los hombros de ambas muchachas.

—Bendita roca, ¿eh, chicas?

—Providencial —dijo Romy.

—El problema del sol, por lo que resta del día de hoy, lo tenemos solucionado —aseguró Clint.

—El de la comida y el agua, es más difícil de resolver —observó Sandra.

Todavía flotaban en el aire las palabras de la hija de Zarko, cuando, a unos seis metros de ellos, surgió de pronto un precioso

frigorífico.

Moderno.

Reluciente.

De gran capacidad...

* * *

Clint, Romy y Sandra se llenaron de perplejidad.

No era para menos.

¡Un frigorífico en pleno desierto!

Fueron pasando los segundos y ninguno de los tres se decidía a hablar.

Finalmente, Romy Shater balbuceó:

—¿Estáis... estáis viendo lo mismo que yo?

—¿Lo que tú ves, es un frigorífico, por casualidad...? —murmuró Sandra.

—Sí...

—Yo también lo veo —habló Clint.

—¿No es un espejismo, entonces...? —preguntó Romy.

—Espero que no... Iré a comprobarlo —dijo Clint, y salió de debajo de la roca que les protegía del sol.

Se preguntó si dicha protección no habría llegado demasiado tarde...

Se aproximó al frigorífico.

Despacio.

Como temiendo que la insólita imagen se desvaneciera

repentinamente.

Se detuvo delante de él y alargó la mano, lentamente.

Temía tocar sólo el vacío.

Pero no.

Su mano tocó el frigorífico.

—¡Es de verdad! —exclamó, sin poderse contener—. ¡Es un frigorífico de verdad!

Romy y Sandra salieron apresuradamente de la sombra que producía la roca.

Intuían que dentro del frigorífico habría alimentos sólidos y líquidos.

Clint, que sospechaba lo mismo, tiró nerviosamente del asa.

Un grito de alegría escapó de su garganta.

¡El frigorífico estaba repleto de comida!

¡Y había varias latas de cerveza, bien fría!

¡Refrescos de todas clases!

¡Botellas de leche!

—¡Esto es un regalo del cielo! —exclamó Clint, dando saltos de júbilo.

Romy y Sandra también saltaban, alborozadas.

Desgraciadamente, la alegría de los tres duró muy poco.

Sólo hasta que Clint alargó ambas manos hacia los refrescos.

Justo en ese instante, el frigorífico desapareció como por arte de magia.

Con todo lo que tenía dentro…

CAPÍTULO X

—¡Oh, no!—exclamó Clint Fowler, cubriéndose la cara con las manos.

—¡No era una imagen real! ¡Era un espejismo! —sollozó Romy Shater, dejándose caer de rodillas sobre la tierra caliente y agrietada.

—¡Dios mío! —gimió Sandra, derrumbándose también.

Transcurrieron unos minutos, llenos de desesperación.

Clint fue el primero en sobreponerse al duro golpe que acababan de recibir.

Ayudó a levantarse a Romy, que seguía sollozando silenciosamente, y luego hizo lo propio con Sandra, en cuyos ojos habían asomado también las lágrimas.

—Volvamos a la sombra de la roca —dijo, abarcándolas a las dos por la cintura suavemente y llevándolas hacia allí.

—El sol debe de habernos afectado mucho... —musitó Romy, rozándose la sien con las yemas de los dedos.

—Sí, los tres sufrimos ya alucinaciones...—murmuró Sandra, tocándose la frente.

—Es posible —admitió Clint—. Pero también es posible que todo haya sido cosa de la diabólica Erika.

Romy y Sandra le miraron.

Ya estaban los tres sentados en el suelo, bajo la roca, muy juntos.

—¿Erika...? —repitió Romy.

—¿Por qué no? —exclamó Clint—. Con el aparato inventado por el padre de Sandra, se puede trasladar cualquier cosa a cualquier parte. Después de mandarnos a este desierto, Erika ha debido seguir nuestros movimientos a través de la pantalla. Vio que los tres nos alegrábamos mucho al encontrar este pequeño espacio de sombra, y ha querido amargarnos de nuevo, con la faenita del frigorífico... Era real, yo lo toqué con mi mano, tiré de su asa... Cuando iba a coger refrescos para vosotras y para mí, la muy malvada devolvió el frigorífico a su punto de origen, provocando nuestra desesperación y haciéndonos dudar del equilibrio de nuestras mentes. Quizá sea eso lo que pretende, volvernos locos...

Sandra apretó los dientes rabiosamente.

—¡Maldita arpía! ¡Me gustaría vaciarle los ojos con mis propios dedos!

—¡Y a mí! —barbotó Romy, tan rabiosa como Sandra.

—Tu padre debe seguir inconsciente, Sandra —pensó Clint—. De otro modo, no consentiría que Erika nos hiciese sufrir de esta manera.

—No lo sé, Clint. Erika le tiene tan dominado, que... —murmuró la hija de Zarko.

—La llamada de la sangre es demasiado poderosa. Sandra. Estoy seguro de que si tu padre se hubiese recobrado del puñetazo que le di, no toleraría esto —insistió Clint.

—Me llamó ramera, zorra, perdida... Y quiso pegarme...— recordó la muchacha, con pena—. No, no creo que a mi padre le importe mucho lo que yo pueda sufrir. Además, le prometió a Erika que me castigaría.

—Pero es que esto no es un castigo, Sandra. ¡Es una monstruosidad!

La joven esbozó una triste sonrisa.

—Mi padre es capaz de convertirse en el peor de los monstruos, si Erika se lo pide. Os he repetido varias veces que él hace todo lo que ella desea.

—A pesar de todo, sigo pensando que tu padre no sabe nada de esto. Le golpeé bastante duro, y no creo que se haya recuperado tan pronto —repuso Clint.

—Si fuera así, aún teníamos una esperanza... —intervino Romy.

—¿Qué esperanza? —inquirió Sandra.

—Que tu padre se despierte pronto, descubra lo que Erika está haciendo con nosotros, y ponga fin a todo esto.

Sandra sacudió la cabeza negativamente.

—No esperéis que mi padre discuta con Erika. Si ella ha decidido que nos pudramos en este maldito desierto, nos pudriremos en él. Mi padre no hará nada por impedirlo. A él sólo le importa Erika. Su exuberante cuerpo, del que ella le permite gozar, siempre que él lo desea.

Clint y Romy no insistieron.

Quedaron pensativos.

También Sandra.

Fueron pasando los minutos.

Lentamente.

Ninguno de los tres tenía ganas de hablar.

De pronto, a unos treinta metros de donde ellos se encontraban, apareció un toro.

Pero no un toro hecho buey por la castración, domesticado, y apto para las labores del campo.

¡Un toro bravo!

¡Enorme!

¡Gigantesco!

¡Con unos cuernos largos y afilados!

¡Terribles!

* * *

Clint, Romy y Sandra quedaron paralizados por la sorpresa.

El toro bravo también parecía sorprendido. Extrañaba el lugar.

No tardó en descubrir la presencia de Clint y las chicas.

Quizá fuera la blusa de Romy, de un rojo vivo, muy brillante, lo que despertó en el animal la furia y el deseo de embestir.

El caso es que lanzó un poderoso bramido y emprendió una carrera.

Directo hacia ellos.

—¡Es un toro, Clint! —gritó Romy Shater, aterrada.

—¡Y viene hacia nosotros! —chilló Sandra, dominada por el pánico.

—¡Subámonos a la roca, de prisa! —indicó Clint, saliendo también de su sorpresa.

Se irguieron los tres velozmente y trataron de trepar a lo alto de la roca, que tenía unos dos metros de altura, pero Romy y Sandra encontraron serias dificultades.

Clint, dándose cuenta de ello, se dejó caer al suelo, colocó ambas manos en el erguido trasero de Romy, y empujó con fuerza.

—¡Vamos, arriba! —gritó.

Con la eficaz ayuda de Clint, la joven consiguió subirse a la roca.

—¡Clint, ayúdame también a mí, por favor! —suplicó Sandra.

Fowler le puso las manos en las nalgas, redondas y firmes, y empujó hacia arriba.

Gracias a ello, la hija de Zarko pudo lograr su objetivo.

—¡Cuidado, Clint…! —chilló Romy, angustiada.

Fowler volvió un instante la cabeza.

Maldijo con el pensamiento.

El toro estaba ya encima de él.

No le daría tiempo a subirse a la roca.

Convencido de ello, se arrojó de cabeza hacia su derecha, todo lo lejos que pudo, y rodó por el suelo.

El mamífero rumiante embistió la roca, con una potencia tremenda.

Dio la impresión de que embestía una locomotora.

Romy y Sandra estuvieron a punto de Caerse de la roca, al estremecerse ésta violentamente.

El toro bramó, furioso, pues se había partido el cuerno zurdo.

Quiso descargar su furia contra Clint, el único que, por el momento, estaba a su alcance.

Clint ya se estaba poniendo en pie.

El bicho le embistió, con intención de ensartarle con el cuerno sano.

Romy y Sandra chillaron, horrorizadas.

Clint hizo un hábil quiebro con la cintura y engañó totalmente al animal, que pasó como un ciclón por el lado contrario al que él había elegido para esquivar la feroz acometida.

Cuando el toro consiguió frenarse, varios metros más allá, y darse la vuelta, Clint ya corría como un gamo hacia la roca.

—¡De prisa, Clint! —gritó Romy.

—¡Corre, corre! —chilló Sandra.

El toro se lanzó tras de Clint, a toda velocidad.

Afortunadamente, éste consiguió alcanzar la roca y subirse a ella antes de que el animal le empitonara contra la roca.

El toro sólo pudo embestir la roca, como antes.

Y con más ímpetu, si cabe.

Peor para él.

Sí, porque se partió el otro cuerno.

Aun así, seguía siendo un auténtico peligro para Clint, Romy y Sandra, quienes casi se cayeron de la roca, al recibir ésta la poderosa embestida del bicho.

Este embistió la roca varias veces más, terriblemente enfurecido por la rotura de sus hermosos cuernos.

Quizá comprendiese que tenía muchas posibilidades de tirar al suelo a Clint y a las muchachas.

Y, ciertamente, las tenía.

De hecho, si Sandra no se cayó, fue porque Clint anduvo listo y la cogió a tiempo, aun a riesgo de caerse los dos.

También faltó un pelo para que Romy abandonara de mala manera la roca, que, por cierto, quemaba como un demonio.

Al igual que Sandra, a Clint le debió el no caerse de ella y quedar a merced del toro.

En vista de que el animal no se cansaba de embestir, Clint Fowler sugirió:

—¿Por qué no te quitas la blusa y se la arrojas al toro, Romy?

La joven respingó nerviosamente.

—¿Que me quite la blusa...? —exclamó.

—¡Es roja!

—¿Y qué?

—¡El toro se entretendrá con ella, y nos dejará en paz a nosotros!

—¡Pero…!

—¡Hazlo, Romy, por favor! —rogó Sandra, muy asustada—. ¡Yo te dejaré lo que queda de mi túnica, para que puedas cubrir tu pecho!

—¿Y tú…?

—¡No te preocupes por mí! ¡Prefiero mostrar mis senos a ser destrozada por un toro rabioso!

Romy Shater titubeó.

—¡Vamos, Romy, decídete, antes de que sea demasiado tarde para alguno de nosotros! —apremió Clint.

La joven ya no lo dudó más.

Soltó la cadenilla dorada que unía la blusita-chaleco, se sacó ésta, y se la arrojó al toro a la cara, cubriéndose seguidamente el pecho desnudo con los brazos.

La blusa, casualmente, quedó enganchada de uno de los partidos cuernos del animal, el cual se olvidó en el acto de la roca y de quienes estaban sobre ella.

Se alejó, dando saltos y soltando bramidos, mientras trataba inútilmente de embestir el rojo tejido que colgaba de su cuerno.

Clint, Romy y Sandra pudieron respirar a pleno pulmón.

Bueno, Romy no tanto.

Si lo hacía, mostraría demasiado…

—¡Tu idea resultó, Clint! —exclamó Sandra.

—Sí, menos mal. Esto se estaba poniendo muy feo —repuso Fowler.

—¿De dónde diablos saldría ese torazo? —rezongo Romy, sin separar los brazos de su pecho.

—Erika sabrá. Es otra faena suya —masculló Clint.

—Y podéis apostar a que no será la última —profetizó Sandra.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —inquirió Romy.

—Mientras Erika no devuelva al toro al lugar de donde lo robó con el aparato, tendremos que permanecer sobre la roca —respondió Clint.

—Asándonos al sol...

—Las prendas con las cuales nos protegíamos la cabeza yacen en el suelo —observó Sandra.

—Bajaré por ellas —dijo Clint.

—¿No será peligroso...? —se asustó Romy.

—No creo. E] toro está muy ocupado con tu blusa, no se fijará en mí —sonrió Clint, y saltó ágilmente al suelo.

Recogió rápidamente su camisa, la falda de Romy, y la ancha franja de túnica de Sandra, todo ello sin perder de vista al toro bravo, y trepó de nuevo a la roca.

Se cubrieron las cabezas.

Sandra hizo ademán de quitarse el resto de la túnica.

—¿Qué vas a hacer...? —exclamó Clint.

—Le dije a Romy que le dejaría lo que queda de mi túnica, para que se cubriera el pecho.

Clint se rascó la patilla.

—No es una solución, pues quedarás tú con el pecho desnudo...

—Clint tiene razón —dijo Romy—. Déjalo, Sandra.

—Pero...

—No te preocupes por mí.

—Esperad, tengo una idea —exclamó Clint—.Me quitaré los pantalones y...

—¡Clint! —Romy lo miró severamente.

Fowler carraspeó.

—Podrías cubrirte los senos con la parte de arriba y atarte las

perneras al cuello…

—Como si fuera un babero, ¿no?

—Mujer… —tosió Clint.

—Olvídalo.

—¡Eh, mirad! —exclamó de pronto Sandra.

—¿Qué ocurre? —respingó Clint.

—¡El toro ha desaparecido!

—¡Es cierto! —exclamó Romy.

—¡Erika lo ha devuelto a su punto de origen, como el frigorífico! —dijo Clint.

—¡Y mi blusa ha quedado en el suelo! —señaló Romy.

—¡Iré por ella! —sonrió Clint—. ¡Vamos, bajad de la roca y poneos a la sombra! —indicó, saltando al suelo.

Sin esperar a que las muchachas descendiesen de la roca, Clint Fowler corrió hacia donde yacía la blusa de Romy Shater, sin pensar que tal vez eso era lo que deseaba la cruel Erika.

CAPÍTULO XI

El hercúleo Branko volvió en sí.

Al verse tendido en el suelo del vestíbulo, soltó un taco en yugoslavo, la lengua de su país de origen.

Pensó que Sandra, el tipo moreno, y la chica del pelo azul, se habían escapado.

Si era así, Zarko y Erika montarían en cólera cuando lo supieran.

Especialmente, Erika, que era terrible cuando sacaba su genio.

Le llamaría de todo, seguro.

Incluso puede que ordenara a Zarko que le despidiera.

No, eso no.

Erika era una hembra muy ardiente.

Necesitaba un hombre joven y vigoroso que saciara sus apetitos sexuales, y ese hombre era él.

Zarko ya no era joven.

Ni vigoroso.

Erika sufriría mucho si no dispusiese de más hombre que él.

Por eso no le pediría a Zarko que le echase a la calle.

Branko se levantó del suelo, decidido a informar a Zarko y a Erika de la huida de Sandra, del tipo moreno, y de la muchacha del pelo azul.

Al erguirse, sintió un agudo dolor en los órganos genitales, que le obligó a encogerse.

Se acordó entre dientes de los parientes más cercanos del tipo moreno.

Recordaba perfectamente que él le había atizado un certero punterazo entre los muslos.

Si volvía a encontrárselo, lo iba a desgajar como si fuera una naranja.

Ligeramente encorvado, Branko abandonó el vestíbulo.

Fue directamente a la alcoba de Zarko.

Allí no había nadie.

Branko se dirigió a la sala en cuyo centro se hallaba la circular jaula metálica.

Al entrar en ella, descubrió a Zarko tendido en el suelo, inmóvil y con los ojos cerrados, y a Erika frente a la pantalla electrónica que había en la pared, manipulando en el panel de mandos.

La rubia no se dio cuenta de que Branko penetraba en la sala.

El yugoslavo se quedó parado, contemplando la insólita imagen que le ofrecía la pantalla.

Un toro bravo, enorme, embestía una y otra vez, furiosamente, con los cuernos partidos, una gran roca, sobre la cual se mantenían, milagrosamente, Sandra, el tipo moreno, y la chica del pelo azul.

El tipo, con el torso desnudo.

Las muchachas, en pantaloncitos y poco más.

De pronto, la joven del pelo azul se quitó su blusa y se la arrojó al toro a la cara, mostrando, por un instante, sus bellos senos.

Branko estuvo tentado de pedirle a Erika que tomase un primer plano de la muchacha del pelo azul.

A Erika, que seguía sin percatarse de la presencia del yugoslavo, le contrarió mucho la acción de Romy Shater, pues con ella consiguió que el toro se olvidara de ellos y se alejara.

—¡Maldición! —barbotó—. ¡Vuelve con ellos, toro estúpido! —ordenó, furiosa.

El animal, claro, no le hizo caso.

Ni siquiera podía oírla.

Erika, convencida de que con el toro bravo ya no lograría nada, lo hizo desaparecer.

La blusa roja cayó al suelo.

Erika adivinó que alguno de los tres bajaría de la roca e iría a recogerla.

Probablemente Clint.

Bien.

Se llevaría una sorpresa.

Esta vez no sería un toro bravo lo que trasladaría a aquel lugar del desierto de Nevada, sino un rinoceronte.

Ya se disponía a localizar el mayor rinoceronte del continente africano, cuando oyó el vozarrón de Branko:

—Erika...

La rubia se volvió en el acto interrumpiendo su acción.

—Hola, inútil —espetó, mirándolo duramente.

Branko carraspeó.

—Lo siento, Erika. Me sorprendieron.

—Ya sé que te sorprendieron. Zarko y yo lo vimos todo por la pantalla del aparato que tiene instalado en su alcoba.

—¿Todo...? —se estremeció visiblemente el yugoslavo.

—Absolutamente todo. Cómo te incitaba esa zorrita de Sandra, cómo se congestionaba tu cara a medida que ella te iba enseñando cosas, cómo saltabas sobre ella, ciego de excitación, cómo la besabas, la apretujabas y la mordisqueabas... Y cómo hacías el ridículo, poco después, en tu pelea con el tipo moreno y las chicas

—No estuve muy brillante en la pelea, lo reconozco —admitió humildemente Branko.

—Ni en lo otro. Dejarte engatusar por una muchachita de dieciocho años, cuyo cuerpo todavía se está formando... A Zarko le sentó como un tiro que quisieras hacerle el amor a su hija, ¿sabes? Y a mí también, no voy a negarlo. Creí que conmigo tenías suficiente.

Branko bajó su rapada cabeza, avergonzado.

—No volverá a suceder, Erika, te lo prometo.

—¡Por supuesto que no! —rió sarcásticamente la rubia—. No volverás a ver a Sandra. Va a morir en ese desierto, como el tipo y la chica del pelo azul.

El yugoslavo respingó.

—¿Piensas matarlos a los tres...?

—Sí.

—¿Y Zarko...? —Branko miró al desvanecido padre de Sandra.

—Olvídate de Zarko.

—¿Está... muerto?

—No, sólo inconsciente.

—¿Qué le pasó?

—El tipo le pegó un puñetazo, y lo durmió en el acto.

—Si matas a su hija, no te lo perdonará —advirtió Branko.

Erika sonrió con suficiencia.

—Zarko a mí me lo perdona todo.

—Eso, no.

—¿Quieres apostar algo, estúpido? —se enfadó Erika.

—¿Por qué quieres matar a Sandra?

Las pupilas de la rubia brillaron agudamente.

—La odio. Hoy, más que nunca. "Hace más de un mes que sabe que tú y yo mantenemos relaciones íntimas.

—¿De veras...? —respingó Branko.

—Sí. Nos sorprendió una tarde. Hoy se lo ha dicho a su padre.

—¿Y...?

Erika sonrió.

—No te preocupes, yo lo negué rotundamente, y el imbécil de Zarko, como de costumbre, me creyó a mí.

—Menos mal.

—No te pedirá cuentas por eso. Pero puede que te las pida por lo que le hiciste a su hija.

—Si ella no me hubiera incitado...

—Eso no te disculpa, Branko.

—¿Cómo puedo justificarme, Erika?

—De ningún modo, me temo.

—¿Crees que Zarko me despedirá?

—Querrá hacerlo, seguro.

—No lo permitas, Erika —rogó Branko.

La rubia volvió a sonreír.

—Lo impediré, estáte tranquilo. Te necesito, y tú lo sabes.

—Siempre estaré a tu disposición —sonrió el yugoslavo, agradecido.

Erika se volvió de nuevo hacia la pantalla.

Clint Fowler ya había recogido la blusa de Romy Shater, y ésta ya la llevaba puesta.

Se hallaban los tres a la sombra de la roca, encogidos.

Y visiblemente preocupados.

De pronto, los ojos de Erika brillaron malignamente.

Se volvió hacia el yugoslavo.

—Se me acaba de ocurrir algo, Branko.

—¿Sí...?

—Tenía planeado trasladar un fiero rinoceronte desde África a ese lugar del desierto de Nevada, para que destrozase a Sandra, al tipo, y a la chica del pelo azul.

—Los haría pedazos, no hay duda.

—Ahora tengo una idea mejor.

—¿De veras?

Erika lo miró extrañamente.

—Mucho mejor, Branko. Te trasladaré a ti.

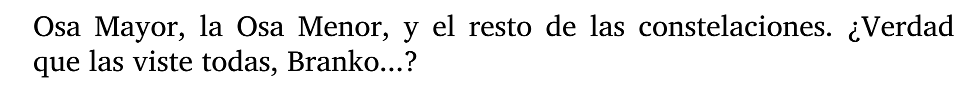
* * *

El yugoslavo dio un fuerte respingo.

—¿A mí...? —exclamó.

Erika recordó:

—El tipo te soltó un patadón entre los muslos que te hizo ver la


Osa Mayor, la Osa Menor, y el resto de las constelaciones. ¿Verdad que las viste todas, Branko…?

—Sí, no me faltó ninguna por ver —rezongó el yugoslavo.

—¿No te gustaría vengarte de él…?

—Ya lo creo que me gustaría —asintió Branko, mirando la pantalla.

—Pues yo te ofrezco la oportunidad. Y no sólo de vengarte de él, sino de las chicas. Te mordieron con saña…

Branko se tocó la oreja, manchada de sangre seca.

—Sí, es cierto —mascullló—.Ellas tuvieron la culpa de que ese bastardo me golpeara duro en los genitales y luego me dejara sin sentido a jarronazos.

—Acaba con ellas también, Branko. Del modo más salvaje que sepas.

Los estirados ojos del yugoslavo brillaron significativamente.

—¿Vale… todo? Ya sabes a qué me refiero.

—Por esta vez, sí —autorizó Erika, sonriendo ampliamente.

CAPÍTULO XII

El musculoso Branko apareció en el mismo lugar que el toro bravo.

Es decir, a unos treinta metros de la roca cuya sombra protegía a Clint, Romy y Sandra de los ardientes rayos del sol.

Clint Fowler fue el primero en descubrir la poderosa humanidad del yugoslavo.

—¡Ay, madre! —exclamó, sintiendo un estremecimiento.

—¡Es Branko! —galleó Romy Shater.

—¡El salvaje de Branko! —gimió Sandra, recordando lo mal que lo había pasado bajo él en el sofá del vestíbulo.

—¡Otra faena de Erika! —adivinó Clint.

—¡Lo habrá mandado para que acabe con nosotros! —intuyó Romy.

—¡Seguro! —se estremeció Sandra.

—¡Yo hubiera preferido enfrentarme nuevamente al toro! —

confesó Clint.

Branko hinchó su escalofriante caja torácica y echó a andar hacia ellos.

Un poco lento, por cierto.

Y es que seguía sufriendo los efectos del punterazo que le atizara Clint entre los muslos.

Clint Fowler se puso en pie de un brinco.

—¡Trepad a la roca, rápido! —indicó a las muchachas.

Romy y Sandra no se hicieron repetir la orden.

Con la ayuda de Clint, se subieron a lo alto de la roca.

Fowler trepó a continuación.

Tenía la esperanza de que, desde allí arriba, le sería menos difícil frenar al mastodonte de Branko.

Este seguía caminando hacia ellos con una siniestra sonrisa en sus gruesos labios.

Sin prisas.

Seguro de que Clint, Romy y Sandra no tenían escapatoria posible.

—Estoy aterrorizada, Clint… —musitó Romy, apretándole el brazo.

—¿No hubiera sido mejor huir? —dijo Sandra, pálida y temblorosa.

—Habría sido inútil. Branko debe tener una potencia tremenda en las piernas, nos hubiera alcanzado fácilmente— profetizó Romy.

—Ya le derrotamos una vez, ¿no? —rezongó Clint.

—Esta vez no se dejará sorprender —murmuró Sandra.

—No perdáis la fe. David venció a Goliat, y era mucho más pequeño que él —recordó Clint.

—Pero David tenía un honda, y nosotros, no —observó Romy.

—De poco nos serviría tener una honda, yo no sabría utilizarla —masculló Clint.

Guardaron silencio los tres.

Branko ya estaba muy cerca.

A menos de cinco metros.

Se detuvo cuando estuvo sólo a dos.

Tras destripar a Clint con la mirada, y acabar de desnudar a Romy y Sandra con lo mismo —los ojos—, rugió:

—¡Baja de ahí, rata cobarde!

—¿Lo de rata cobarde va por mí? —preguntó Clint, aparentemente tranquilo y sereno.

—¡Sí, gallina!

Clint se cruzó de brazos.

—¿En qué quedamos, cabeza de melón? ¿Soy una rata o soy una gallina?

—¡Eres un bastardo! —relinchó Branko.

—¡Eh!, que yo no me he metido con tu madre, cara de caimán.

—¡Baja y pelea como un hombre!

—¡Es que tú no eres un hombre, eres una bestia prehistórica!

Branko apretó sus maxilares de cocodrilo.

—¡Está bien, yo subiré por ti!

—¡Te aconsejo que no lo intentes!

El yugoslavo no siguió el consejo de Clint, naturalmente.

Sus manazas se aferraron como garfios a la parte superior de la roca y se izó con facilidad.

Tan pronto como asomó la cara, Clint le atizó un patadón en

ella.

Fue como si pateara un lavabo.

Un inodoro.

Una bañera.

Branko no emitió quejido alguno.

Ni siquiera pestañeó.

Continuó izándose, tan fresco.

Clint, en vez de darle otra patada, le pisó furiosamente los dedos de la mano izquierda, gruesos como salchichas alemanas.

Esto sí hizo efecto en el yugoslavo.

Pegó un bramido de dolor y retiró la mano pisoteada, sosteniéndose con la otra.

Pero la otra, la derecha, sólo tardó un par de segundos en recibir su correspondiente pisotón.

Branko bramó de nuevo y cayó al suelo, donde quedó arrodillado, las manos en los sobacos.

Soltó una retahíla de palabrotas, todas en yugoslavo.

—¿Qué dice...? —inquirió Romy.

—Es una suerte que no le entendamos, pues se nos derretirían los oídos —rezongó Sandra.

Clint se asomó ligeramente y gritó:

—¡Tú el doble!

Branko, ciego de rabia y de dolor, se puso en pie de un brinco, se retiró unos metros de la roca, y tomó carrera.

—¡Yaaaaaa...! —bramó, abriendo su bocaza de par en par.

—¡Cuidado! —gritó Clint, adivinando que el yugoslavo iba a plantarse en la roca de un impresionante salto.

A intentarlo, al menos.

Y era capaz de conseguirlo, el muy animal.

Fatalmente para Clint, Romy y Sandra, lo consiguió.

Branko los arrolló a los tres con la fuerza de un huracán, tirándolos de la roca.

El también cayó.

Pero como tenía el cuerpo tan duro, no se hizo ningún daño.

Clint Fowler tuvo peor fortuna, pues se dio un golpe en la cabeza y quedó inconsciente.

Romy Shater se lastimó el hombro derecho.

Sandra, la cadera y un tobillo.

Al darse cuenta de que Clint había perdido el sentido, ambas muchachas miraron a Branko y se pusieron a chillar histéricamente.

El yugoslavo dudó entre triturar a Clint antes de ocuparse de las chicas o hacerlo después, cuando ya ellas fuesen cadáveres.

Decidió machacarlo después.

Los atractivos cuerpos de Romy y Sandra, tan ligeros de ropa, le excitaban demasiado.

Saltó sobre la hija de Zarko.

Ella sería la primera víctima.

Sandra luchó con desesperación por defender su cuerpo de los salvajes abusos de Branko, pero él le inmovilizó los brazos, dejándola por completo a su merced.

La joven aulló de dolor cuando los enormes dientes del yugoslavo se clavaron en su carne, como si de un lobo hambriento se tratara.

Romy Shater, aun sabiendo que no serviría de mucho, saltó sobre aquella especie de muro que era la espalda de Branko y empezó a golpearle rabiosamente.

—¡Suéltala, canalla! ¡Cerdo! ¡Bestia! ¡Salvaje!

A Branko no le fue difícil quitarse de encima a la valerosa muchacha, a la cual dejó sin sentido de un brutal revés.

Seguro ya de que nadie le interrumpiría, el yugoslavo prestó de nuevo toda su atención a la hija de Zarko, la cual volvió a aullar de dolor cuando los dientes de Branko hicieron presa en la parte más sensible de su pecho.

* * *

—¡Así, Branko! ¡Eso es! ¡Aráñala, muérdela, desgárrala! —gritaba la malvada Erika, presenciándolo todo a través de la pantalla—. ¡Quiero que esa perra sufra lo indecible!

—¡Sandra!... ¡Es Sandra! ¡Y Branko está abusando salvajemente de ella!

Al oír la voz de Zarko, Erika se volvió como picada por una serpiente venenosa.

—¡Zarko! —exclamó.

El padre de Sandra, que ya se había levantado del suelo, corrió hacia la pantalla electrónica.

—¿Qué vas a hacer? —gritó Erika, cortándole resueltamente el paso.

—¡Impedir que Branko viole a mi hija!

—¡Deja que lo haga!

—¿Qué...? —Zarko miró a Erika como si ésta fuera un ser de otro mundo.

—¡Se lo merece! ¡Me insultó gravemente! ¡Tú dijiste que la castigarías!

—¡Eso es demasiado, Erika! ¡No lo permitiré!

—¡Quieto, Zarko!

—¡Aparta! —rugió el padre de Sandra, propinándole un violento

empellón.

Erika cayó al suelo.

Desde allí vio cómo Zarko se disponía a manipular en el panel de mandos.

Rápidamente tomó una decisión.

Ella ya sabía manejar el aparato inventado por Zarko.

No le necesitaba a él para nada.

Del interior de su bota derecha extrajo una pequeña y reluciente daga.

Se levantó silenciosamente y saltó sobre Zarko, en cuya espalda clavó la daga, hasta su empuñadura.

Zarko emitió un extraño sonido gutural, se tambaleó, y finalmente se desplomó, quedando inmóvil en el suelo, boca abajo.

La blanca túnica se fue llenando rápidamente de sangre.

Erika miró la pantalla.

Lanzó una maldición al ver que Clint Fowler había recobrado el sentido y tomado una gruesa piedra, puntiaguda, con la cual se disponía a golpear a Branko en la nuca.

El yugoslavo no se había percatado de ello, y seguía abusando cruelmente de Sandra.

Erika se aprestó a mandar a Clint a otro lugar del desierto, antes de que golpeara a Branko.

No pudo.

Súbitamente, un brazo velludo ciñó su cuello y comenzó a apretar.

—¡Zarko! —chilló la rubia, ahogadamente, pues la presión del brazo sobre su garganta era mucha.

Consciente de que su vida peligraba, Erika clavó sus afiladas uñas en el brazo que pretendía estrangularla.

La sangre brotó instantáneamente, al tiempo que Zarko emitía un gemido de dolor.

Pero no aflojó la presión de su brazo.

Quería matar a Erika.

Aunque fuera lo último que hiciera en este mundo.

La rubia tenía ya el rostro amoratado.

Notó que las fuerzas le abandonaban.

Que se moría.

Y se murió.

Asfixiada.

Zarko, dándose cuenta de que el corazón de Erika ya había dejado de latir, le soltó el cuello y la dejó caer al suelo.

Miró la pantalla.

Ya no podía ver con claridad.

Tuvo que apoyarse en la pared.

El también se moría.

Le quedaban escasos segundos de vida...

* * *

Entretanto, Clint Fowler había descargado la puntiaguda piedra sobre la nuca de Branko.

Y no una sola vez, sino cuatro.

Y no la descargó más veces porque se dio cuenta de que el yugoslavo estaba muerto.

Clint arrojó la piedra, manchada de sangre, y apartó el inerte

corpachón de Branko de encima de Sandra.

La joven, que tenía múltiples heridas en el pecho, en el cuello, y en los costados, amén de varios manchones azulados, rompió a llorar desconsoladamente.

Clint le bajó la túnica y le cubrió los lastimados senos, levantándola seguidamente y abrazándola con ternura.

—Cálmate, Sandra. El bestia de Branko está muerto, ya no puede hacemos daño.

Romy Shater, que acababa de volver en sí, clavó sus ojos en Branko, en su nuca, horriblemente destrozada.

—Has podido con él, Clint… —musitó.

—Sí —respondió Fowler, mirándola—.¿Tú estás bien, Romy?

—Me duele un poco el hombro… —se lo tocó—. ¿Y Sandra?

—Branko le causó varias heridas en el pecho, pero no son importantes.

—Yo quise frenarle, pero él me dejó sin sentido de un feroz revés.

—Será mejor que volvamos a la sombra de la roca

—Hasta que la diabólica Erika nos mande otro «regalito»…—rezongó Romy.

—Vamos, Sandra —dijo Clint, levantando a la hija de Zarko, que sollozaba sobre su pecho.

En el preciso instante en que los tres se ponían en pie, sucedió.

Ya no estaban en pleno desierto.

Se hallaban de nuevo en la extraña sala.

Afortunadamente, fuera de la jaula.

Descubrieron a Erika tendida en el suelo.

Zarko se hallaba ante la pantalla, de espaldas a ellos.

Sandra lanzó un grito de horror al descubrir la daga hundida entre los omoplatos y la gran mancha de sangre.

—¡Padre!

Zarko aún tuvo fuerzas para volverse y sonreír tiernamente a su hija, como pidiéndole perdón por la forma en que la había tratado.

Luego, se derrumbó pesadamente.

—¡Padre!... —gritó de nuevo Sandra, y corrió hacia él.

Se dejó caer a su lado y le tocó las mejillas, muy pálidas, ya.

Clint y Romy se acercaron a ella.

El primero pudo comprobar que tanto Zarko como Erika estaban muertos.

—Tu padre nos salvó la vida, Sandra, aunque ello le costó la suya. Erika quiso impedir que nos sacara del desierto, clavándole una daga en la espalda. Aun así, tuvo fuerzas suficientes para estrangular a la cruel Erika y devolvernos aquí... —adivinó Clint.

Sandra descansó su mejilla sobre el pecho de su padre, tibio, todavía, y lloró amargamente.

Clint y Romy dejaron que la muchacha desahogara su pena.

Lo necesitaba.

EPILOGO

Clint Fowler llamó a la policía.

Minutos después, los agentes de la ley se personaban en la casa, que se alzaba a unos cuarenta kilómetros de San Diego, y a unos quince del bosquecillo donde Clint y Romy fueran atrapados por Zarko.

Clint informó de todo a la policía, siendo corroboradas sus palabras por Romy y Sandra.

Los cadáveres de Zarko y Erika fueron retirados y trasladados a San Diego. Más tarde, se haría lo propio con el de Branko.

Sandra fue trasladada a un centro médico, donde, por consejo del doctor que le examinó y atendió las heridas causadas por Branko, permanecería un par de días, pues, aparte de las heridas producidas por los dientes del yugoslavo, tenía una fuerte contusión en la cadera y el tobillo derecho bastante hinchado.

Clint y Romy no tuvieron necesidad de acudir al centro médico, pues el golpe que se diera el primero en la cabeza, al ser derribado de la roca por Branko, carecía de importancia, y el dolor que Romy sintiera en el hombro, por idéntico motivo —la violenta caída de la roca—, había desaparecido casi por completo.

La joven tenía, eso sí, la cara un poco hinchada, a causa del brutal revés que le propinara el yugoslavo, cuando ella salió

bravamente en defensa de Sandra.

Clint la invitó a ir a su apartamento a tomar una copa y descansar un poco, y Romy aceptó.

Llevaban ya unos minutos sentados los dos en un sofá.

Romy lucía una falda azul brillante que le había prestado Sandra, tan breve como la que ella se quitara en el desierto, para protegerse la cabeza de los rayos del sol, y que quedó allí, como la camisa de Clint y la franja de túnica que éste le arrancara a la hija de Zarko.

Clint seguía con el torso desnudo.

Un torso muy enrojecido, a causa del ardiente sol del desierto de Nevada.

También los brazos y las piernas de Romy acusaban sus efectos.

Y las caras de ambos.

Romy Shater ingirió un sorbo de licor y preguntó:

—¿Qué será del aparato inventado por Zarko, Clint?

—Las autoridades se harán carro de él. Supongo que el Gobierno encargará a algún prestigioso científico que descubra su complicado manejo, y una vez logrado esto, se utilizará. Pero sólo para cosas buenas. Traslado de mercancías, de pesadas maquinarias, de enfermos graves, cuya salvación depende de lo velozmente que puedan ser ingresados en un centro médico... En una fracción de segundo, ¡zas!, ya está logrado. Es un aparato verdaderamente fantástico.

—Lástima que Zarko, su creador...

—Tuvo la desgracia de tropezarse con una mujer tan ambiciosa y perversa como Erika. Ella le cegó, con su prodigioso cuerpo, y lo convirtió en lo que él, por sí mismo, jamás hubiera ambicionado ser: Zarko «El Grande», futuro emperador de la Tierra.

—Qué locura... —sonrió Clint.

—¿Cuándo he dicho yo que lo estuviera?

—Yo sí estoy loco por ti.

—A ti te vuelven loco todas.

—No irás a nombrarme otra vez a Elke Sorel, ¿verdad? —gruñó Clint.

—Sí, eso iba a hacer.

—Te lo prohíbo.

—¿Quién eres tú para prohibirme nada?

—Tu futuro marido.

Romy Shater respingó con tanta fuerza, que le cayó la copa de las manos. Con ojos agrandados, balbuceó:

—¿Te... te importaría repetir eso...?

Clint dejó su copa sobre la mesa, tomó a la joven por la cintura, y la atrajo hacia sí, besándola apasionadamente en los labios.

—Te casarás conmigo, ¿verdad, Romy? —preguntó, después—. No soy un hombre rico, sólo un simple vendedor de artículos deportivos, pero gano lo suficiente para mantener una esposa y unos cuantos hijos. ¿Qué me respondes?

Romy Shater le rodeó el cuello con sus brazos y, sonriéndole amorosamente, confesó:

—Es lo que más deseo en este mundo, Clint: ser tu esposa.

—De modo que Elke estaba en lo cierto, ¿eh?

—Sí. Ya hace tiempo que estoy enamorada de ti. Por eso dejé que me llevaras a aquel bosquecillo. Confiaba en que, cuando llegase el momento de..., bueno, de «eso», te dieses cuenta de lo mucho que significabas para mí, y te olvidases para siempre de Elke y de todas las demás.

—Seguro que hubiera sucedido así —repuso Clint, y la besó de nuevo con ardor.

Cuando intentó acariciarla, Romy dio un gritito de dolor.

—¿Qué pasa? —preguntó Fowler, sorprendido.

—Que me escuece mucho la piel, Clint. El maldito sol del



desierto...

Clint Fowler sonrió.

—No te preocupes, sólo te acariciaré aquellas zonas donde no te dio el sol.

Y así lo hizo.

No hubo más grititos de dolor.

Sólo gemidos.

Suaves y dulces.

Clint Fowler, evidentemente, sabía cómo hacer feliz a una mujer...

F I N